

ABISMOS INFINITOS

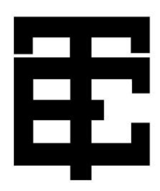
PETER KAPRA

Dario Cock recibió un mensaje extraño y simple. Decía así: *Urge veas a Paal, en Elisabeth Street, 45, Sydney*. No había firma de ninguna clase, pero el papel y el sobre eran algo significativo para Dario.

¡Eran órdenes que no podía eludir!

Y soltando un reniego en portugués, como solo un brasileño sabía hacerlo, preparó su equipo y abandonó su confortable apartamiento instalado en el piso ciento dos del edificio «Mercury».

Un autogiro, que tomó en la estación aérea de la Primera Avenida, le condujo en pocos minutos al campo de experimentación interestelar de Araguai.



Peter Kapra

Abisimos infinitos

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 359

ePub r1.0

Título original: *Abismos infinitos*
Peter Kapra, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



ABISMOS INFINITOS



CAPÍTULO PRIMERO

Dario Cock recibió un mensaje extraño y simple. Decía así: *Urge veas a Paal, en Elisabeth Street, 45, Sydney*. No había firma de ninguna clase, pero el papel y el sobre eran algo significativo para Dario.

¡Eran órdenes que no podía eludir!

Y soltando un reniego en portugués, como solo un brasileño sabía hacerlo, preparó su equipo y abandonó su confortable apartamiento instalado en el piso ciento dos del edificio «Mercury».

Un autogiro, que tomó en la estación aérea de la Primera Avenida, le condujo en pocos minutos al campo de experimentación interestelar de Araguai.

No fue necesario que Dario Cock mostrase su placa de identidad. Era sobradamente conocido de la guardia exterior. Penetró en el edificio metálico y aerodinámico y cruzó distintas dependencias, sin hacer caso a los respetuosos saludos de los empleados.

Al fin, se detuvo ante el pupitre, o «mesa-suspendida», de una bellísima muchacha, de ojos rasgados y cabello plateado. Dario golpeó la mesa con fuerza y ella levantó la mirada, sorprendida. Sorpresa que se convirtió en sonrisa cuando vio quién era él.

—¡Oh, señor Cock!…

—¡Quiero ver al comandante Octavio Burshen ahora mismo!

La secretaria parpadeó con gran revuelo de pestañas artificiales y terminó por tartamudear algo ininteligible.

Dario Cock era el tipo ideal de una joven del siglo XXIV. Alto, fuerte, enérgico y con un historial de aventuras en remotos y misteriosos mundos como para llenar todas las páginas de una guía «fonovisora».

—Puede usted pasar, señor Cock —se atrevió a decir, al fin.

Y sus ojos rasgados siguieron al explorador espacial hasta que desapareció tras una puerta en la que el letrero privado no parecía significar más que paso libre para Dario.

—¿Qué tal, chico? —exclamó familiarmente el hombrecillo que, sentado tras una mesa, leía una hoja de papel metálico.

Luego se incorporó, tendió la mano a Dario y, con un gesto, indicó una botella de ginebra que había en un extremo de la mesa.

—No gracias, Burshen —dijo Dario. Y agregó—: Otra vez tengo algo que hacer. Estas cosas donde las patrullas de vigilancia no pueden intervenir, ¿sabes?, no me gustan.

Sonrió el hombre diminuto y preguntó:

—¿Adónde vas ahora?

—No lo sé del todo. De momento me daré una vuelta por Australia, a ver a un tipo a quien no conozco. ¡Pero en estos viajes dejaré un día el pellejo!

—Si eso sucede, Cock, no te preocupes de nada más —agregó rápidamente Burshen—. Todos los habitantes de este globo te rendirán los debidos honores.

—¿Sí, eh? ¡Y yo, tan tranquilo en mi tumba! Ordena qué dispongan en la pista un reactor para mí, que me largo. Y puedes seguir embadurnándote el pelo con grasa; tal vez a esa chica —Dario hizo un gesto, indicando hacia la puerta que comunicaba con el antedespacho— le llegues a gustar y le puedas dar el esquinazo a tu esposa.

El hombrecillo rió, al mismo tiempo que pulsaba el timbre de su fonovisor. Luego, ordenó, después que una voz se puso a sus órdenes:

—Que dispongan el «Delta-5», en la pista número dos, para el capitán Dario Cock. ¡Es urgente!

—Sí, comandante. Estará listo dentro de tres minutos.

—Gracias, Octavio —dijo Cock, disponiéndose a marchar.

—¡Aguarda, chico! —le atajó el hombrecillo—. Te deseo suerte. ¿No sabes de qué se trata?

—No, no lo sé. Pero imagino que no será cortejar a una linda venusiana… Tú sigue viendo cómo la televisión presenta las espeluznantes aventuras de Dario Cock, Tyrrel y
O'Brien,
tres locos que, al servicio de la humanidad, recorren remotos

mundos, donde todavía no ha llegado el *Soda fric'n*, ni el *ballet* ruso de Yhasma. Y no te preocupes por mi muerte. Llegará algún día sin pena ni gloria, del modo más estúpido. Y la gente dirá: *Pobrecillo, tan valiente como era.*

Cuando Dario Cock cerró la puerta con fuerte golpe, aún sonaba el cacareo de la risa de Octavio Burshen. Pero Dario no hizo ningún aprecio, pues se repetía, aludiendo a su nueva misión: «¡No, no será para cortejar a una linda mujer!».

¡Y no sabía cuán equivocado estaba!

* * *

La rampa electromagnética que se extendía hacia las pistas de aterrizaje le condujo en pocos minutos hasta el hangar, en el que un grupo de hombres le estaban preparando un bólido a reacción atómica.

Dario se aproximó al brillante aparato. Los mecánicos le saludaron, y un auxiliar le tendió el paquete con las ropas espaciales y la escafandra. Se las embutió en un santiamén, cerrando la cremallera a continuación, y conectando luego los tubos a las pequeñas botellas de oxígeno. Saludó con un gesto de cabeza y subió a la carlinga del aparato.

Ni por un momento se le ocurrió mirar detrás de él, atento como estaba a la rampa de despegue y a las señales de los auxiliares de pista. Casi al conectar el radiovisor, desde el control de vuelo le dieron el aviso:

—¿Listo, capitán Cock?

—¡Maldito Perk, no sabes que no soy capitán! ¡En esta sucia América todos me llaman capitán! ¡Yo no soy capitán! ¿Me has oído, Perk? Soy un idiota, eso es lo que soy —contestó Dario, malhumorado.

—Bueno —respondió el oficial sonriendo ante la pantalla gris del fonovisor—. No te enfades, Cock. ¿Listos para el despegue?

—Sí, listos —respondió Dario Cock, asiéndose a los mandos del aparato.

En el mismo instante, en la pista, los auxiliares agitaron sus banderitas.

Dario dio la llave de gas del turborreactor. Un estallido sordo sonó detrás de él, amortiguado por la doble coraza del aparato, y, al momento sintió que el suelo se deslizaba bajo él. En una décima de segundo, la pista desapareció y se encontró navegando por encima de un lechoso mar de nubes.

Entonces, conectó el piloto automático, se levantó el casco escafandra y se dispuso a encender un cigarrillo. En aquel preciso instante sintió o intuyó algo que no pudo precisar. ¡Pero le pareció como si detrás de él hubiera alguien!

Se quedó quieto y su mano derecha se deslizó por la pernera como si buscase algo para encender. Pero algo se lo impidió, quedándose con la mano en la culata de la pistola.

Primero sintió un penetrante perfume, luego, junto a su rostro, apareció una blanca mano que sostenía un lujoso encendedor eléctrico.

—Encienda, señor Cock —dijo suave una voz femenina.

Dario miró de soslayo la piel suave y blanca y se estremeció.

La plaquita de ignición del encendedor se acercó a la punta del cigarrillo de Dario, el cual inhaló el aromático humo y volvió el rostro lentamente, siguiendo las sinuosidades de aquel brazo torneado, desnudo y perfecto. Al fin, vio a la mujer…

Dario Cock era poco impresionable, por no decir nada. Pero la mujer que vio detrás de su asiento le dejó boquiabierto.

Apoyada en el respaldo del asiento, estaba la mujer más maravillosa, la más armónica, la más perfecta, la más escultórica, de cuantos «mases» pueden darse para describir a una hembra bonita. Dario, no obstante, conservó el aplomo.

—Gracias, señorita. ¿Va usted muy lejos? —preguntó del modo causal que un taxista puede preguntar a un cliente.

—Ah, perdone; olvidé presentarme —exclamó ella—. Me llamo Karin Vasiev. También tengo el gusto de presentarle al eminente Profesor Schwartz, de la Universidad de Berlín.

El joven explorador espacial empezó a molestarse. Él debía estar solo en el «Delta-5». Se incorporó un tanto en el asiento y se volvió. Y, por un lado del magnífico torso de la muchacha, vio un hombre de regular estatura, rostro moreno y aspecto simpático que sonreía abiertamente.

Aparentaba unos cincuenta años y vestía al modo corriente de la

época: Casaca corta y ajustada, pantalón corto, tipo «colonial» y de color claro y botas de goma artificial. Pero lo más curioso de aquel hombre amable era un extraño objeto que sostenía en la mano, que igual podía ser un sextante como un contador «Geiger», o una pistola automática de modelo novísimo.

¡Luego resultó que el objeto servía para todo, incluso para dejar a un hombre muerto en el acto, con sólo pulsar un pequeño botón de baquelita!

—¿Qué tal, señor Cock? —sonrió el hombre—. Lamento mucho si mi compañía no resulta grata para usted. Le advierto que yo tampoco estoy aquí por mi gusto.

—¡De ningún modo, señores! ¿No hay nadie más por ahí dentro? Casi me da la impresión de que se han equivocado de aparato —Dario quiso sonreír—. ¿Van en viaje de novios?

La belleza escultórica se retiró un poco hacia atrás, y Dario pudo admirar, una vez más, el conjunto armónico de su figura y la sutileza de sus ropas, muy ceñidas de cintura para arriba.

Una corta falda de volantes dejaba al aire sus lindas piernas, como una antigua bailarina, las cuales llevaba enfundadas hasta la mitad en preciosas botas de cristal flexible, adornadas con raros motivos artísticos, lo cual demostraba que era soltera, puesto que una mujer casada llevaría botas negras.

De la armonía de su boca y rostro, Dario se hacía mieles. Y se dijo que poco habría de valer si no se cobraba aquel viaje con un beso de semejante boca de fresa. Pero ¿quiénes eran aquellos dos extranjeros? ¿Una mujer rusa y un alemán? ¿Serían espías internacionales? ¿Cómo se habrían podido introducir en el interior del «Delta-5»?

Sólo encontró respuesta para esta última pregunta: Octavio Burshen, o algún oficial de pista del campo de Araguai. ¡Pero aquello ocasionaría un proceso militar!

—Bueno, ustedes dirán en qué puedo servirles.

—¡Ay, señor Cock! —habló el alemán, pronunciando despacio las palabras del esperanto, lenguaje oficial de la época—. La nuestra es una triste y larga historia.

—Pues con esa compañía no veo la tristeza por ninguna parte —respondió Dario, indicando a Karin Vasiev.

Ella sonrió, agradeciendo el cumplido, y dijo:

—Es usted muy amable, señor Cock. El profesor Schwartz temía que usted reaccionase de otro modo y por eso le apunta con «Tomasín», un sencillo aparato de mucha utilidad. —Dario se fijó de nuevo en el «sencillo» aparato y se preguntó dónde radicaba su simplicidad—. Aunque el profesor se guardará su «Tomasín», pues esperamos que usted sabrá comportarse con el debido decoro. De esta forma, antes de que lleguemos a Sydney, ¡si es que llegamos!, sabrá usted tanto como nosotros acerca de nuestra presencia en su avión.

—¡Ah, muy bien; a eso llamo yo ponerse en razones!

—Entonces, Karin —intervino el alemán—, permíteme que explique a este señor lo que deseamos de él.

Franz Schwartz guardó su curioso aparato y dijo:

—No crea que es mucho lo que tengo que decirle, señor Cock. Nos encontramos en este aparato gracias a la gentileza del comandante Octavio Burshen…

—¡Ese cochino gordinflón…! —explotó Dario.

—No, por Dios; no hable usted así de él. No ha hecho más que cumplir órdenes de sus dignos superiores.

—¡Pues no comprendo el porqué de este misterio! —barbotó Dario—. No sé cómo hacen las cosas en los países de ustedes, pero aquí, cuando queremos presentar a varias personas, las enfrentamos y…

—No podíamos hacerlo de ese modo, señor Cock —intervino Karin Vasiev—. Para trabajar en el anónimo se han de tomar ciertas precauciones. Y no crea usted que no era necesario en el presente caso. ¡Sabemos que Paal ha sido asesinado!

Dario se volvió lentamente hacia la muchacha y se quitó el cigarrillo de los labios. El normal gesto enérgico de su semblante adquirió ahora la inmovilidad del tungsteno y la rigidez del basalto.

—¿Paal?… ¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—Un agente secreto de la Federación Australiana.

—El alemán avanzó unos pasos y añadió: —En todo el Sistema Solar, sólo hay un hombre que pueda salir adelante con este asunto. ¡Ese hombre es usted!

»Perdón, entienda. En el Consejo Privado de las Naciones Unidas se celebró el otro día una reunión secreta en la que se planteó un grave problema, que se relacionaba con algo que preparaba Paal

para las N. U.

»Pero anoche mismo recibí órdenes de mis superiores, en Alemania, para trasladarme a Brasilia. A mi llegada a esa capital, me presentaron a la señorita Karin Vasiev, la cual sabe tanto como yo.

»Sin embargo, las órdenes emanaban de muy arriba, puesto que el comandante Octavio Burshen también había recibido las suyas, por lo cual debíamos introducirnos, en secreto, en el aparato en que debía salir usted.

—¡No lo creo! —exclamó Cock—. Ignoro cómo funciona el servicio secreto de sus respectivos países, pero lo que sí puedo decirle es que nosotros hacemos las cosas de forma muy distinta. ¿Me entienden? ¡Be otro modo muy diferente!

—¿Y si le dijera, señor Cock —intervino la preciosa beldad—, que de un momento a otro podemos estar haciéndole compañía a Paal en la eternidad?

—Señorita, ya le he dado a entender que no conozco a ese Paal de quien me habla —repuso Dario, fríamente—: ¡Como tampoco creo en lo que me han contado hasta ahora, por cierto, muy poco!

—Bueno, no se enfade usted. Y de lo poco más que puedo decirle, deducido de los informes de mis jefes, es que tenemos que trabajar en colaboración, ¡quiera usted o no! ¿Me entiende, célebre y popular Dario Cock? —terminó, algo furiosa, la muchacha rusa.

—Y yo, lo que a mi vez puedo decirles a ustedes, por lo que el cumplimento de mi deber me induce a hacer, es entregarles a la Policía Internacional en cuanto lleguemos a Sydney.

—¡Oh, señor Cock! —rió la muchacha—. ¡Eso es terrible! ¿Y nos llevarán a una prisión submarina en el fondo del Atlántico?

Dario se volvió en su asiento y no replicó. Desconectó el piloto automático y maniobró para hacer descender el aparato. Calculó que estaba volando sobre el Océano Pacífico.

Sintió que la muchacha y el alemán cuchicheaban algo en el estrecho pasillo. Por el cristal de la aguja magnética vio sus figuras. El alemán escuchaba atentamente a la rusa, quien gesticulaba y movía los desnudos brazos con energía.

Dario se volvió y gritó en tono destemplado:

—¿Se puede saber qué nuevo ardid están ustedes tramando?

La muchacha se le acercó y explicó:

—Hablamos de usted, señor Cock, y, por cierto, muy mal. Debe saber que hace doscientos años que nuestros países dejaron de ser enemigos. Todos los pueblos de la Tierra viven ahora para el bienestar común, regidos por las mismas leyes internacionales.

»Creo que nuestros antepasados hicieron una gran cosa arreglando las diferencias de raza, de religión, de política y de gobierno. Pero si la gente en América es como usted, no tardaremos en regresar a las rencillas del siglo XX.

—¿Por qué me dice usted eso, señorita Vasiev? —La interrumpió Cock—. Me parece que usted no me conoce bien…

—¡Se lo digo para que comprenda que no luchamos entre nosotros, sino contra enemigos exteriores, peligrosos para la humanidad entera! —gritó ella, fuera de sí.

—¡Y yo le digo que las mujeres están mejor en sus casas, zurciendo ropa, que metiéndose de polizones en los aviones de la gente!

Karin Vasiev enrojeció y se mordió los labios. Pero el profesor alemán intervino, de mal talante:

—Déjale, Karin, es un terco. Ya le abrirán los ojos…

Pero, en aquel mismo instante, un altavoz que había instalado en el tablero de control dejó escapar un agudo silbido y, poco después, una voz que hablaba un lenguaje extraño llegó a los oídos de los tres ocupantes del «Delta-5».

Dario se quedó tenso, puesto que conocía aquel lenguaje. Miró con ojos muy abiertos a la rusa y al alemán, como preguntándose si alguno de ellos conocía aquella lengua. Pero no captó en ellos nada indicador.

—¡Dario, dirígete a Mauna Loa (Hawaii) sin perder un minuto! ¿Me has oído, Dario?

Dario Cock conocía perfectamente la voz de su compañero Basil Tyrrel hablando el lenguaje de los venusianos septentrionales, en donde ambos, con O'Brien, estuvieron destacados durante dos años en el Consulado Militar de las Colonias Interplanetarias. Conocía muy bien las sílabas sincopadas y arrítmicas, pero dudaba de que los dos polizontes las conocieran también. Primero, porque el alemán no hacía cara de haber estado siquiera en la Luna, y segundo, porque las mujeres

tenían prohibida su estancia en Venus.

—¿Qué es eso? —preguntó Karin Vasiev.

—No sé, habremos captado alguna onda hertziana… Estamos atravesando una gran masa de nubes sobre el Pacífico.

Mas de nuevo desenfundó el alemán su extraño contador «Geiger» y su rostro se crispó en una mueca de desagrado. Miró a su compañero y luego fijamente, a través del cristal irrompible de la carlinga. Pero en el exterior apenas se veía. Girones de niebla enturbiaban la vista y humedecían los paneles de cristal.

—¡Dario Cock!… ¿Me oyes? ¿Por qué no contestas?… ¿Ya no te acuerdas de tu querido Basil, con los buenos ratos que hemos pasado juntos? —Las modulaciones del lenguaje venusiano llegaban intermitentes, mezcladas con las alteraciones parasitarias de la atmósfera—. Estamos en Mauna Loa y vamos a emprender una «faena» de las que harán ruido, amigo Dario. —Y luego, con ansiedad en la voz, en lenguaje esperanto, agregó la voz de Basil Tyrrel—: ¿Qué te ocurre, Dario? ¿Por qué no contestas? ¡Sé que tu contacto está abierto!

—Le llaman a usted, Cock —dijo Karin Vasiev.

—Sí, ya lo he oído. —Luego, levantando la voz, agregó—: Estoy bien, Bas; no te preocupes. Te he comprendido. No puedo decir más.

Pero en aquel preciso instante, sucedió algo insólito e inesperado. ¡Pareció como si el «Delta-5» se estremeciera sacudido por un terremoto! Fue una sacudida rápida, pero tan violenta que hizo tambalearse a la muchacha, la única que carecía de apoyo, puesto que el profesor se apoyaba en el vano de la puerta.

Acto seguido se escuchó una tremenda explosión. En un abrir y cerrar de ojos, Dario comprendió que ocurría algo anormal. Y como en caso de avería era preferible tener mucha altura, accionó sin vacilar la palanca de elevación y abrió el gas de reserva inyectando fluorina a presión en el reactor atómico.

Dentro de la carlinga giroscópica se notó al momento la exorbitante velocidad adquirida, pues el «Delta-5» salió impulsado hacia arriba, a través de las nubes, como un proyectil cósmico.

¡Y cuando surgieron al rutilante océano azul del firmamento, sobre el lecho algodonoso de nubes, como si estuviera posado en ellas, vieron un enorme lápiz azulado, que se dirigía en silencio al

encuentro del «Delta-5»!

También vio Dario un ígneo rayo de luz surcar el vacío y escucho el estruendo de una formidable explosión que tuvo lugar justamente debajo de su aparato. El «Delta-5» fue sacudido como una pluma, y los dos polizontes, que no estaban sujetos a la silla de vuelo, como Dario, rodaron aparatosamente por el suelo. Pero Dario maniobró rápidamente, con admirable presencia de ánimo, para evadirse del fatídico rayo de luz. ¿Les disparaban con un rayo cósmico o con simples granadas atómicas?

No estaba seguro, aunque era muy cierto que, quienquiera que fuese su atacante, no pretendía hacerles prisioneros, sino, simplemente, ¡matarles!

CAPÍTULO II

—¿Qué hace usted? —gritó el alemán, arrastrándose hasta donde se encontraba Dario pilotando el «Delta-5» hacia la exósfera de la Tierra—. ¡Estaremos más seguros dentro del banco de nubes!

—¡No! Prefiero verlos venir.

Pero en esta ocasión Dario tenía que aprender algo más. De momento no se percató de que los mandos no le obedecían. ¡El aparato a reacción que pilotaba se había quedado inmóvil en el aire, a varias millas sobre el lecho de nubes!

Dario hubo de morderse los labios. Así se convenció de que seguía vivo. ¡Pues un aparato de veinte toneladas de peso, inmóvil y suspendido en el aire, no lo había visto jamás!

¿Bajo qué maléfica influencia el aparato se mantenía, contra toda ley gravitacional, quieto en el aire? No halló respuesta a su asombro. Lo máximo que hizo fue volver el rostro hacia Karin Vasiev y el profesor.

Y en los rostros de ambos vio reflejado su propio estupor.

Por un instante desfilaron por la mente de Cock los nombres de muchos hombres de ciencia, desde el siglo XV al XXIV, preguntándose si todos ellos no habrían estado ciegos como topos. ¡Ver esto!… ¡¡Ver y decirme a qué se debe!!

—Ya no disparan —oyó Dario que decía el profesor alemán a su espalda—. ¿No ve usted, Cock?… Algo viene hacia nosotros. ¿Verdad que presume de quiénes se trata, Karin?

—No lo presumo, Franz, ¡lo sé!… Los que han matado a Paal no tardarán en matarnos a nosotros también.

—Pero…, ¿quieren decirme de una vez lo que significa esto?

—No se altere, joven —dijo tranquilamente el profesor—, es la amenaza de que le hablamos antes. Son invasores extraterráqueos,

los seres de Xahkla, o Chacla, que nosotros conocemos como del sistema binario de Antares, en la remota constelación del Escorpión, y contra los que tiene que luchar la humanidad, si no queremos ser esclavos de ellos.

Dario miró a través del cristal de la carlinga y vio, asombrado, cómo un inmenso cohete se detenía en el aire a poca distancia del inmóvil reactor atómico «Delta-5».

—¿Y ahora qué, Goethe? —preguntó la muchacha al alemán.

—Aún nos queda «Tomasín», distinguida colega —contestó Schwartz manipulando en su aparato.

Dario no les escuchó, atento como estaba al cohete inmóvil a corta distancia. Y de repente vio levantarse una compuerta. Y, acto seguido, algo semejante a un ser, ¡pero que carecía de cabeza, con largos y colgantes brazos, vestido por completo de azul, con un ropón en forma de saco!, apareció por el hueco del navío.

Dario vio cómo salían más de aquellos seres singulares. ¡Y los vio caminar suavemente, por encima de las moléculas de aire, sin sostenerse en parte alguna!

Se dirigían en fila hacia el «Delta-5», caminando sobre lo impalpable, desafiando la ley de la gravedad de los cuerpos. Y cuando estuvieron más cerca distinguió algo parecido a un periscopio que surgía por entre el ropaje azul, en el lugar donde debería estar la cabeza. Bajo la luz del sol aquella visión parecía fantasmagórica, extraña, alucinante.

Los periscopios brillaban y lo mismo sucedía con los serpentines que parecían llevar en las manos. Dario dedujo que debían de ser armas desconocidas.

Al fin, el primero de aquellos seres llegó a situarse sobre las alas del «Delta-5», y, con paso oscilante, simiesco, se acercó a los cristales de la carlinga. El periscopio metálico miró dentro.

A su vez, los tres ocupantes del aparato terrestre se miraron sin cambiar una sola palabra. Acto seguido, varios de aquellos simios vestidos de azul se acercaron, adoptando de pronto la misma actitud del primero.

A continuación, algo muy semejante a un chirrido metálico se dejó oír a través del doble mamparo metálico del aparato. El extraño ruido se repitió dos veces más, y el explorador del espacio vio cómo los androides o seres extraterrestres buscaban el modo de

penetrar en el «Delta-5». Pero él no se movió de su asiento.

—¿Se abre esto por dentro, señor Cock? —preguntó Schwartz.

—Sí, pulsando esta palanca. ¿Cree usted que debemos dejarlos entrar?

—Sí, de lo contrario utilizarán sus armas, que tal vez sean desintegradoras.

Karin Vasiev, muy pálida, se apoyó en el brazo de Dario. Luego, los tres se volvieron a mirar a la portezuela que se abría despacio, sobre un costado del «Delta-5». Al momento, el primer ser fantástico asomó por el hueco.

También se acercó otro ser, el cual gesticuló con los brazos, aunque no profirió palabra alguna. Dario vio que éste no llevaba arma alguna, pero al extremo de su manga, y a diferencia del otro, usaba guantes sobre unas manos que tenían cierto parecido con las humanas.

—Dicen que salgamos —exclamó Schwartz.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó perplejo Dario.

—Lo supongo, nada más —contestó el otro—. Pero en estos casos no se puede ser educado y decir primero las damas. Creo que aquí quien goza de más justificada fama es usted, señor Cock.

El brasileño captó la alusión. Y, como no era un cobarde, salió de la carlinga.

* * *

Dario Cock se había levantado la visera de su casco escafandra y, al salir al exterior, para situarse sobre el ala del «Delta-5», un soplo de brisa fresca le azotó el rostro.

Luego, miró a los extraños seres que se movían en torno a su aparato. Uno, que parecía ser el jefe del grupo, y que aparecía desarmado, extendió la mano enguantada y señaló al inmóvil cohete que se sostenía en el aire a poca distancia.

Dario comprendió lo que aquel sujeto indicaba, pero se resistió a salir de la relativa seguridad y apoyó que las cortas alas del «Delta-5» le ofrecían. ¡Puesto que entre los dos navíos había un trecho de unos veinte metros de vacío absoluto, al fondo del cual estaba el lecho de nubes, y mil metros más abajo el seno del Pacífico!

—Me da en la nariz —oyó decir a Franz Schwartz, que en aquel instante salía de la carlinga—, que le invitan a caminar hasta su aparato… Pruebe, hombre, ya hemos visto que a ellos no les pasaba nada caminando sobre el vacío.

En aquel momento, alguien apoyó un objeto duro en la espalda del brasileño, cuyo contacto sintió a través de su traje de vuelo, y entonces avanzó.

Cuando su pie se levantó en el aire, para abandonar el apoyo del acero del ala, algo se agitó en su estómago. Recordó que llevaba un paracaídas que podría abrir pasado el banco de nubes y esto le dio cierta seguridad. Luego, entornó los ojos, mirando al cohete azul que tenía delante, y dejó caer el pie.

La primera sensación fue de caída hacia el abismo. Pero no ocurrió así, ¡y sin que sus plantas encontrasen un apoyo aparente, notó que caminaba sobre la nada! La sensación podía ser equiparada a la que podría experimentarse de poder caminar sobre agua o esponja. ¿Muelles en los pies? ¿Suelas de fibra esponjosa?

No obtuvo respuesta. Y caminó sobre la nada, con la mirada fija en el aparato que tenía delante, y que, según Schwartz, procedía de Antares, el sol rojo de Escorpión, que se hallaba a ciento cincuenta y cinco años-luz de distancia de nuestro Sistema Solar, llamado también, mitológicamente, «La rival de Ares».

Luego, Dario, al volver el rostro, vio a Karin y Schwartz caminando igual que él por encima de la nada. El alemán le sonrió divertido. También vio a los extraños hombrecillos simiescos avanzando detrás de ellos.

Karin Vasiev, ondeando su corta falda, caminaba con sigilo, como temiendo que desapareciese de pronto la barrera invisible que les sostenía.

La muchacha le gustaba a Dario, el cual sabía apreciar una bella figura dondequiera que la encontrase. ¡Buen trofeo para emprender un combate!

En cuanto Dario llegó al muro metálico de la astronave azul, sus pies se apoyaron en una escalerilla tendida desde la compuerta. Ascendió por ella, más tranquilo, y llegó a la abertura que descendía al interior de la nave.

Un sujeto, enfundado en una especie de escafandra azul, aguardaba a un lado, indicando con su tentáculo hacia el interior. Y Cock penetró por la abertura sin temor. Los pasos de sus seguidores resonaron detrás y por encima de él. Luego, todos penetraron en un pasillo estrecho, bajo, frío, oscuro y silencioso, semejante a una cámara de descompresión.

Una puerta les cerraba el paso, y otra se cerró a sus espaldas. Lo único que llamó la atención de Dario fue el suelo, el cual estaba surcado por dos raíles hundidos que iban a perderse más allá de las compuertas.

—¿Qué opina usted de esto, profesor? —preguntó Dario al alemán.

Pero el otro no contestó, pues estaba mirando cómo los hombrecillos descendían a saltos por las escalerillas.

Dario se sintió empujado hacia delante. Se abrió lentamente la puerta que le cerraba el paso y un tramo de pasillo, iluminado por una luz paradisíaca, azul y oro, se ofreció ante él. Junto a la compuerta que se había abierto había un hombre, y, al verlo, Dario lanzó una exclamación, ¡puesto que aquel hombre tenía el aspecto y la figura de un terrestre!

—Bienvenidos a bordo del «Valthur II», señores —dijo el hombre en perfecto esperanto y con entonación divertida—. Vengan por aquí.

Dario vio a un hombre de unos sesenta años, arrugado y seco, aunque poseía una extraña vivacidad al moverse con agilidad propia de un joven que ha practicado el deporte. Vestía, poco más o menos, a la moda de la Tierra, aunque las prendas eran ajustadas y de tejido metálico. En su muñeca llevaba un reloj-radio-emisor, modelo alemán, de onda corta, muy parecido al que usaba el propio Dario Cock.

El pasillo condujo a los prisioneros, si podía llamárseles de este modo, hacia una gran chimenea central y abierta, del fondo de la cual ascendía un enorme ruido.

Mirando abajo, por la chimenea, cuyo diámetro sobrepasaba los cien metros, y apoyándose en la barandilla, Dario pudo ver un enorme motor aerodinámico que funcionaba moviendo bielas y soportes metálicos de un modo acompasado y rítmico.

—Es curioso, ¿verdad, señor Cock? —inquirió el hombre que les

servía de guía, indicando abajo.

El aludido se volvió como picado por un aguijón. Karin y Schwartz también se volvieron, deteniéndose, sorprendidos.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —preguntó Dario.

—Sé muchas cosas que ustedes ignoran. Pero no me guarden mucho rencor. Además, ¡les he salvado la vida!

—¿Que nos ha salvado usted la vida? —intervino Schwartz.

—Sí, «Ella» ordenó que su carcajo aéreo fuese destruido. Yo, claro está, hice mi pequeña política, y, hasta cierto punto, creo que gané. ¡Sí, créanme! Pero vengan, no podemos perder tiempo ahora.

Siguieron descendiendo por la rampa en espiral hasta que llegaron a una puerta lateral herméticamente cerrada. Encima de ella, Dario vio una placa dorada y una inscripción de caracteres extraños. El guía pareció adivinar sus pensamientos y dijo:

—Si supiera leer los grafismos de Xahkla sabría que ahí dice que el aire de su interior es adecuado a la Naturaleza 22, la cual corresponde a nuestra atmósfera de la Tierra.

Dario estaba asombrado. Y, sin decir palabra, penetró, en seguimiento del viejo, por aquella puerta, la cual se cerró automáticamente cuando Karin Vasiev la atravesó cerrando la marcha.

Todo se hallaba sumido en la más completa oscuridad, pero el viejo accionó un conmutador y se hizo la luz. Entonces, pudieron ver que se encontraban en una estancia de regulares dimensiones, redonda, alrededor de la cual había varias puertas. En el centro se alzaba una gran mesa con libros, revistas y distintos aparatos, entre ellos un clásico televisor automático. Incluso había macetas con flores y plantas exóticas, de origen terrestre.

—¿Verdad que está bien preparado todo esto? Estas puertas son dormitorios cómodos y confortables. —El hombre fue enumerando las puertas con una sonrisa en sus labios—. Ahora, instálense, que su estancia aquí sospecho va a ser larga.

—Vea, mi querido Cock, cómo de cazadores nos hemos convertido en cazados —Franz Schwartz rió suavemente.

—Bueno, amigos, les dejo. Tengo que asistir a un consejo, pero volveré esta tarde. En cuanto a usted, señor Schwartz, espero que se guardará muy bien de hacer uso indebido de su aparatito, o «Tomasín», como usted le llama, que no hemos querido quitarle por

pura cortesía.

Y, sin esperar la respuesta de los estupefactos terrestres, abandonó la estancia, cerrando la puerta a su espalda. Los tres prisioneros, pues como tales podían considerarse, se miraron entre sí. Y el primero en reaccionar fue Dario, quien se dejó caer en una butaca reclinable, a la vez que soltaba una sonora carcajada.

—¡Esto es muy divertido, señores polizontes! Y ahora, díganme, ¿qué podemos hacer?

El alemán dio varias vueltas por la estancia, y luego se detuvo.

—¿No estamos donde nos habíamos propuesto, Karin? —preguntó.

—Sí, Franz, ¡ya estamos! Pero, ahora, ¿qué?

El alemán se volvió al perplejo Dario y contestó:

—Voy a poner las cartas boca arriba, señor Cock, y… ¡le cederé el mando! Yo sólo soy un científico y entre mis conocimientos no está el modo de escapar de aquí.

»La señorita Vasiev se encuentra en las mismas condiciones que yo. Si usted puede ponerse en contacto con su Departamento de Brasilia, recibirá instrucciones del general Sutton. ¡Él fue quien nos introdujo en su aparato de acuerdo con el comandante Burshen!

—Veo que cambia usted con frecuencia de método, polizón —replicó Dario Cock—. ¿Por qué saca ahora a colación al general Sutton?

—Usted posee un equipo de colaboradores, ¿no es cierto, señor Cock? Son Basil Tyrrel y Mark O’Brien, y se les conoce universalmente como los tres suicidas del Cosmos —siguió hablando el alemán—. Todos ustedes son personas de alto y reconocido valor. Pues bien, después de este preámbulo, espero que me comprenderá mejor.

»El Consejo Privado de la N. U. nos ha ordenado, a mí y a la doctora Karin Vasiev, que nos reunamos con ustedes, a fin de investigar ciertos hechos extraños que ha descubierto la Policía Internacional. Se trata, nada menos, que de una astronave extragaláctica que viene actuando en la Tierra desde algún tiempo. ¡Precisamente, ésta en la cual nos encontramos ahora! ¿Lo entiende usted, señor Cock?

—¡No! —respondió el joven.

—Escúcheme —intervino entonces la escultural rusa—. El profesor Schwartz le está diciendo la verdad. ¡Los intereses del mundo entero están en destruir este navío cósmico, sea como sea! Y ésta es la misión que le ha sido asignada a usted y su grupo.

»Nosotros estamos mezclados en esto para recuperar todo cuanto de científico y útil pueda ser registrado y examinado en el contador microcelular del profesor Schwartz.

—¡Ahora caigo! —Dario dio un salto en su asiento—. El viejo nos ha engañado. Esta gente no quería destruimos, como él dijo. Sospecho que ese tipo es un farsante, un renegado, o algo por el estilo. ¡Me gustaría saber quién es «Ella»!

—Escuche, Cock —continuó el alemán—, es sencillo. Hugh Paal, con quien ha recibido usted órdenes de ponerse en contacto en Sidney, ha luchado en vano para conseguir esclarecer este misterio. Pero, al parecer, debió de descubrir algo importante, pues fue asesinado recientemente por el simple procedimiento de volarle la cabeza con un disparo atómico de poca potencia.

»No obstante, se supuso que usted podría descubrir la pista hallada por Paal, partiendo de Sydney. Por esto se nos pidió urgentemente que nos reuniéramos con usted. La operación "cebo", ordenada por el general Sutton, se llevó a cabo con un poco de "discreta" indiscreción, y el resultado ha sido que estos seres nos han salido al encuentro, ¡exactamente como esperaba Sutton!

—¿Y ha sido mi jefe quien ha forjado este estúpido plan?

—¡Estúpido no, señor Cock! —exclamó Schwartz.

—Para mí, sí lo es, ¿para qué les voy a andar con subterfugios?

—El general Sutton ha tomado el mando del Servicio de Coordinación Militar de las N. U. —exclamó Karin a su vez.

—¡No puede ser! —protestó Dario enérgicamente—. ¿Cómo iba Sutton a elaborar tal cúmulo de necedades?… Además, Clark me hubiera llamado a su despacho y me habría dado explicaciones antes de actuar. ¡Me han resultado ustedes unos estúpidos ineptos y cretinos, o es que yo soy un imbécil, inmerecedor de la confianza del «Viejo»! ¡Conmigo no cuenten para nada!

»Y mientras estos sapos vestidos de azul preparan el altar para nuestro holocausto, pienso darme una vuelta por algo que tenga colchón, antes de seguir escuchando sandeces.

Dario, con un bostezo, se dirigió a una de las puertas de los

dormitorios. Al abrirla, se encontró con lo que esperaba: una gran litera muy confortable. Y, sin encomendarse a nadie, tal y como estaba, vestido aún con el traje de vuelo, se tendió sobre la blanda cama, dejando a un lado el casco de protección espacial.

Poco después, dormía a pierna suelta.

* * *

En la habitación contigua, la muchacha rusa se estrujaba las manos y paseaba rápidamente en torno a la mesa central.

—Todo ha sido registrado meticulosamente, Karin —decía Franz Schwartz, satisfecho—. Si salimos de este embrollo, construiré otro «Tomasín» y te lo regalaré. Me gustaría poder darte una explicación de su funcionamiento microcelular y fotoelectrónico, para que te des cuenta de sus múltiples aplicaciones.

»Todo cuanto “oye” y “ve” queda registrado, aprisionado en sus cápsulas herméticas, y luego permite que sea analizado en el laboratorio. ¡Esto vale millones, Karin, millones!

—¿Por qué no nos cree ese hombre, Franz? —le interrumpió ella.

—¡Bah! No le hagas caso. Estos hombres de lucha son muy especiales. Desconfían de todo el mundo por sistema. Pero sé que Cock es todo un caballero; no tienes más que mirarle a la cara. ¡Ya verás cómo encuentra solución para salir de aquí!

»Además, sus otros dos compañeros, Tyrrel y O’Brien, están advertidos. Pudimos oírles por el radioemisor de onda corta instalado en el “Delta-5”. Nosotros sabemos que éste era el plan de acción.

—¿Y por qué el general Sutton no puso en antecedente a Dario Cock? —preguntó ella.

—¡Qué poca memoria tienes, Karin! Dario Cock tiene métodos de trabajos muy personales, y Sutton quiere que las cosas sean de este modo. Si Cock hubiese estado al corriente de todo desde el principio, tal vez, el resultado no habría sido el mismo.

»En cuanto al “Delta-5”, lo lógico es que, al cesar la antigravitación, haya seguido volando, o caído al mar. De una forma o de otra, esos muchachos de la flotilla aérea de Hawaii ya se

habrán puesto en movimiento. Tengo entendido que actúan de una manera relampagueante. Esto fue lo que dijo el general Sutton. Tyrrel y
O'Brien
estarán pronto en torno a nosotros, buscando el modo de sacarnos del apuro. ¡Y con Dario Cock entre nosotros, la solución no tardará en surgir!

—¡Sí! —exclamó Karin, malhumorada—. Ya ves lo que ha hecho ese engreído «superhombre»: ¡echarse a dormir! No confío en ninguno de ellos. Evidentemente, no los conozco, pero dudo que terminemos bien. Por lo que pudiera ser, ya me despedí de mi casita-jardín de Kasevoro-Yelo. Allí tenía flores de nieve en el invernadero. ¿Ha visto alguna vez flores rojas de nieve, docto profesor?

CAPÍTULO III

Dario Cock fue despertado suavemente por Karin.

—¡Despierte, hombre!… Tenemos visita.

El famoso explorador del espacio abrió los ojos, parpadeó y miró a la muchacha. Mejor dicho, la siguió viendo despierto, pues había estado soñando con ella.

—¿Qué sucede? —preguntó incorporándose.

—Ha venido el viejecito y quiere verle. Levántese.

Dario obedeció de mala gana. Al tocar con los pies en el suelo, miró a la muchacha con gesto torvo. Luego hizo una genuflexión y estiró su potente musculatura en todas direcciones, desperezándose. Flexionó brazos y piernas, doblándose por la cintura, y luego dijo, sonriente:

—Hay que estar en forma, doctora.

Ella le devolvió la sonrisa e indicó hacia la puerta. En ella estaba el viejo que les recibiera a su llegada a la astronave, y en la mano traía algo parecido a una maleta. Dario se fijó en que aquel hombre se cubría ahora con un casco transparente, a modo de máscara protectora, de una especie y forma desconocida.

—¿Qué ocurre, señor anfitrión?

—Tengo que llevarle al Trono. «Ella» quiere verle de cerca, señor Cock —dijo el hombre con voz metálica.

—¿Quién es «Ella»? —preguntó Dario arqueando las cejas.

—Ya lo verá. Póngase ahora esta escafandra o, de lo contrario, no podrá dar dos pasos fuera de esta cámara.

Sin comentario alguno, Dario se colocó el casco protector sobre la cabeza, como el viejo le indicara, y al fin miró a Karin a través del transparente material. Creía notar cierta ansiedad en la cara de ella.

—No tema nada —dijo él, mirándola—. Pediré que no nos traten con excesiva desconsideración. ¿Es una mujer la que manda en esta nave?

El viejo sonrió de un modo muy extraño y repuso:

—Sí…, sí, claro; es una mujer. Venga usted conmigo.

Dario hizo una inclinación de cabeza a Karin y al alemán y siguió al otro hacia la puerta de salida, la cual se abrió de un modo automático, pasando luego a la sala de descompresión. La puerta se cerró a sus espaldas. Pero, al momento, otra se empezó a abrir delante de ellos.

Mientras Dario ascendía en pos del viejo por la pasarela metálica, varios «tipos-periscópicos» pasaron junto a ellos, inclinados, pero nadie les dijo nada, como si no les hubieran visto. Treparon luego por una escalera y una gran puerta frontal les condujo a una sala extrañamente ornamentada.

Allí también había seres completamente embozados en sus ropas azules. Sin embargo, Dario observó que éstos caminaban más erguidos, más como los seres humanos, aunque despacio, apenas sin mover los brazos.

Cruzaron junto a un grupo de estos hombres que estaban inclinados sobre una mesa muy extensa. Allí se veían planos en relieve un verdadero batiburrillo de rollos de plástico dibujados con extraños guarismos, y otros perforados caprichosamente. Parecían papiros antiguos.

Pero aquellos seres ajetreados tampoco hicieron caso a los dos terrestres, los cuales siguieron avanzando. Al fondo, había una gran puerta y, a ambos lados, dos silenciosos guardianes, los cuales extendieron la mano en señal de que se detuvieran.

Uno de los mudos e invisibles cancerberos pulsó un timbre existente en un cuadro de distribución próximo, y un ojo electrónico rojo brilló sobre el dintel de la puerta. A continuación, ésta se abrió lentamente.

Y cuando la puerta quedó franqueada, el viejo guía indicó a Dario que podía entrar, quedándose él junto a los mudos porteros. Dario no se hizo rogar y, cuando hubo avanzado unos pasos, la puerta se cerró automáticamente a su espalda.

Se halló en una sala amplia, al parecer, sin techo, iluminada por una potente radiación cenital, que impedía ver dónde terminaba la

altura de la sala.

Pero Dario no vio a nadie, ni percibió el menor ruido. Eso sí, en el mismo instante de penetrar en aquella estancia, su cabeza pareció sufrir una ligera conmoción interna, como de debilidad o desvanecimiento. ¡Era como si le hubieran removido el cerebro!

¡Y una voz que no surgía de ninguna parte, como la voz de la conciencia propia, repercutía melódicamente en su cerebro, en sus oídos, invadiéndole de una suavidad inefable!

—Acércate, hombre de Mavoda… No tengas miedo… Ya puedes quitarte esa máscara, pues el aire de aquí ha sido renovado para ti…

Dario Cock se había encontrado infinidad de veces en situaciones como aquélla, y no era la primera vez que alguien le hablaba por medio del lenguaje universal de la transmisión del pensamiento, único medio de entenderse con las razas privilegiadas del Universo. Pero en aquella ocasión se quedó algo más confuso, ¡pues ante él no había ninguna persona!

No obstante, al fondo había algo raro. ¡Algo que no tenía forma de persona y que más bien parecía una máquina oscura!

Se quitó el casco protector confiadamente y aspiró el aire puro que llenaba el local. Y, de repente, vio cómo algo, en forma de velo, se agitaba hasta quedar convertido en un rectángulo que cubrió la máquina y su pantalla. Al instante, el rectángulo se ilumino vivamente y, como proyectado por una cámara invisible, apareció en la pantalla transparente la silueta borrosa de una persona. Se aclaró poco a poco la visión y terminó por aparecer una figura, apariencia de ser humano, sentada detrás de una mesa de cristal rojo.

El tablero de la mesa estaba suspendido de un modo análogo al de las «mesas-suspendidas» de la Tierra, y el ser de facciones difusas mantenía las piernas debajo del tablero. Al parecer, se sentaba en una silla también suspendida.

Y, al fin, la visión fue haciéndose más clara hasta que Dario pudo ver a una mujer. Pero… ¡qué mujer, Cielo santo! A Dario le faltó muy poco para caer de rodillas. Algo en sus reflejos se lo impidió inconscientemente.

Sin embargo, quedó estupefacto, sin saber qué decir ni qué pensar. Y cuando logró recuperarse, dominarse, con un intenso

deseo de su enérgica fuerza de voluntad, el grato recuerdo de la bella Karin quedó ofuscado por completo, muerto; porque la mujer que tenía delante, proyectada en una singular pantalla de televisión, ¡era mil veces más bella, mil veces más atrayente y sugestiva!

Era… ¡era una mujer magnética, una extraña diosa!

Tan extasiado estaba Dario que no se percató de que la pantalla había empezado a desaparecer y que ahora la mujer estaba delante de él, ¡en carne y hueso! Vestía una coraza semitransparente, muy ajustada en su cuerpo escultural y perfecto, de cuya belleza de líneas, clásicamente terrestres, es preferible no decir nada, pues la imaginación resulta pobre y mezquina para poder describir lo que es imposible concebir.

Sus piernas aparecían enfundadas en una gasa sutilísima, parecida a un barniz, y se cubría con un corto pantalón tipo «espacial», que llevaba sujeto a la cintura por medio de un cinto metálico, del cual pendía un dispositivo encerrado en una caja oblonga, alargada y plana, en cuyo centro brillaba algo así como un ojo luminiscente.

También tenía la caja algunos conmutadores y palanquitas de contacto, pues ella las accionó con sus largas y afiladas manos, y Dario presintió que le ordenaban sentarse. Obedeció, aunque la primera sensación de caída se desvaneció al instante, pues detrás de él había surgido una superficie plana y elástica. ¡Y Dario Cock quedó sentado en algo que flotaba en el aire!

—¿Estás cómodo?… No te extrañe que te hable en tu propia lengua. La verdad es que no te hablo, sino que te transmito mi pensamiento. He aprendido a conversar mientras pienso. Para ti no es raro esto, ¿verdad, señor Cock?

—En cierto modo, sí, aunque ya lo conocía.

—Dime, Dario, ¿qué te parecen los seres de mi lejano mundo? ¿No habías visto jamás a ninguno en tus viajes por el reducido Sistema Solar?

—No, nunca. Pero, a juzgar por el que tengo ante los ojos, son sorprendentes y maravillosos —exclamó Dario, excitado.

—Eso, supongo que debe halagarme, Dario. Las mujeres de mi mundo también poseemos vanidad, no lo dudes. Aunque, con franqueza, debo decirte que no somos como tú me ves. —Ella rió de forma agradable—. He decidido tomar esta forma externa para

parecer más agradable a tus ojos. Si nos vieras tal y como somos, quizá cambiarías tu concepto de «sorprendente y maravilloso», como acabas de decir.

—¿No eres así? —preguntó Dario, incorporándose.

—Naturalmente que no. ¿Qué puede esperarse de una raza que vive hace billones de años? Todo evoluciona, incluso el organismo humano, adaptándose a nuevas formas de vida. Vosotros también sabéis esto. ¡O adaptarse o perecer! No te sorprendas, hombre de Mavoda, pues sabes muy bien que tus antepasados eran bastante distintos a ti, y lo mismo ocurrirá con tus descendientes.

—¿Y puedes adoptar la apariencia que quieres?

—Tanto como eso, no. Efectúo algo parecido a la teoría de la disgregación de las moléculas, aunque con ligeras inversiones. Nosotros sólo tenemos mente y máquinas que nos ayudan. Ya has podido comprobar el dominio que poseemos de la antigravitación, neutralizando velocidad e inercia al mismo tiempo.

»Ésta es una fuerza neutral, aplicada a nuestro servicio, que consiste en transformar la atracción molecular en “neutración”, o fuerza de atracción neutra, la cual paraliza el movimiento externo puramente mecánico.

—Muy interesante —comentó Dario—. Pero yo no soy un cerebro técnico, y no entiendo nada de estas materias. Supongo que no me habrás hecho llamar para contarme estas cosas.

—No, de ningún modo. Acércate, por favor —suplicó ella.

¡Y Dario sintió que su asiento se movía en dirección a la mesa tras la cual se hallaba la mujer! Arrastró los pies por el suelo y no sufrió el menor daño.

El asiento móvil se detuvo ante la mesa y Cock se apoyó sobre ella, como hacía la mujer, mirándose en aquellos profundos y misteriosos ojos. Los atractivos de su interlocutora iban en aumento, y Dario siguió examinándola desde las puntas de los pies hasta el cabello, pues de cerca, el cristal rojo de la «mesa-suspendida» era transparente y permitía contemplar la forma y movimientos de aquel cuerpo modelado artificialmente, de una armonía perfecta, incluso el color verde de sus labios pintados. ¡Sí, todo era en ella perfecto, de acuerdo con el más depurado gusto del maquillaje moderno!

Sus ojos eran de color azul claro, sus cejas ambarinas y sus

cabellos entre rojo, rosado y azul.

—Ese viejo que me acompañó…

—Es un ser humano como tú, que capturamos hace algunos años, cuando tuvimos la desgracia de llegar a Mavoda. Nos es adicto, pero es ruin, como muchos de los hombres de este mundo. Sé muy bien que la condición de los hombres de Mavoda no es la misma en todas las personas… ¡Y esto me encanta! Te obliga a una lucha diaria, a una vigilancia constante. Sí, es un modo de perfección como otro cualquiera. Nosotros adquirimos este hábito por medio de la enseñanza. Nuestros métodos pedagógicos son infalibles. ¡Todos aprendemos igual! Además, la telepatía nos protege del engaño.

—Hay muchas cosas que no puedo comprender —dijo Dario, cuando ella terminó de «teleconversar»—. ¿Me las puedes explicar?

—Sí, no tengo inconveniente, Dario. Tú eres buena persona. Si yo tuviera aquí algunos hombres como tú, intentaría regresar a mi mundo para cambiar ciertos sistemas ancestrales que no me gustan…

—¿No puedes volver a tu mundo?

—No, por muchas razones —dijo ella con tristeza—. Este aparato en el que nos hallamos no está construido en Xahkla. Hemos vivido varios años en un desierto australiano procurando reconstruir la nave espacial que nos trajo aquí. El óxido destruyó la nuestra. A esto llamamos un problema de aclimatación. El problema social que reina en Xahkla es muy distinto.

»Me temo que estamos condenados a perecer aquí, a menos que…

—¿Con qué intenciones viniste a la Tierra?

—¿Y las de vosotros de ir a Marte y Venus?

—Exploración, investigación y…

—Conquista, ¿no es así?

—No, digamos mejor civilización.

—Perfectamente, entonces utilizaré vuestro tópico; nosotros vinimos también a civilizar. No me negarás que viajar durante tantos años por el espacio, recorrer un millón de «vedas», es sinónimo de civilización.

—Es imposible… Pero tengo entendido que han matado un hombre en Sydney.

—¡Hugh Paal era un canalla, Dario! Ha estado tratando conmigo mucho tiempo y cuando me negué a sus perversas maquinaciones se indignó y nos descubrió a vuestras autoridades… Verás, te relataré los hechos, porque estoy bien informada de que tú no sabes una palabra de todo esto. Y lo poco que sabes son falsas apreciaciones.

»Empezaré cuando el “Valthur”, astronave de exploración extragaláctica de mi remoto imperio, mandada por el ciudadano Sando, arribó, hace tres años, a este Sistema, después de haber recorrido más de mil mundos y clasificarlos.

»Visitamos mundos de clima análogo. Pero una avería producida por el óxido del vapor de agua contenido en la envoltura atmosférica de la mayoría de tales mundos, atacó nuestros mecanismos de traslación y nos vimos precipitados en el mar.

»Caímos aquí, en Mavoda, o la Tierra, y en aquellos tiempos conocíamos poco la geología terrestre. El agua salitrosa produjo graves daños en nuestra nave. Y fue preciso abandonar el “Valthur”, cerca de la costa australiana, y refugiarnos tierra adentro, salvando algunos de los más importantes aparatos, por el procedimiento de aislarlos, envolviéndolos en telas impermeables, esa misma ropa que llevan todos mis servidores.

»Luego, buscamos ayuda y la encontramos en unos exploradores. Guardaron el secreto, porque pagábamos con algo que nosotros sabemos producir fácilmente. Mason fue el primer hombre que vi de esta Tierra… ¡ese viejo que te acompañó hasta aquí!

»Mason no quería oro, sino poder; pero Hugh Paal opinaba que el poder radicaba en la riqueza, en el oro, y nos ha sido fiel hasta que concibió el fantástico plan de engañar a todo el mundo: ¡A nosotros y a vosotros!

»Por medio del oro que se fabricaba en mis máquinas de alteraciones atómicas, pretendía, nada menos, que comprar a todos los organismos oficiales, y erigirse en dueño de todo del sistema planetario. ¡Quería gobernar en la Tierra, en Marte, Venus, las colonias de Saturno, Mercurio y Júpiter!

»Naturalmente, a nosotros nos importaba muy poco lo que hacía con el oro que le dábamos, pues él, a cambio, nos ayudaba en la reconstrucción de nuestro “Valthur II”, este navío, en el cual estamos ahora. Pero terminó por traicionarnos a nosotros también para poder gozar de ciertos secretos que jamás podrán ser revelados

a un terrestre… ¡Y llegó a más…, mató a Sando, mi marido!

Al llegar aquí, la mujer hizo una pausa y se quedó mirando fijamente a Dario. Juntó las manos, en ademán resignado, y sus ojos brillaron por las lágrimas. Luego, prosiguió, con voz temblorosa:

—¡Naturalmente, ordené matarle! Y uno de mis servidores creo que lo ha conseguido. Aunque su muerte no ha quedado clara, puesto que han sucedido muchas cosas en muy corto tiempo.

—¿Mi intervención en este asunto, por ejemplo? —preguntó Dario.

—La gravedad del caso ya estaba latente hace tiempo, y nuestra presencia en la Tierra era conocida de los altos organismos estatales, a quienes Hugh Paal había informado a su modo, por ser uno de los agentes de información de la Federación Australiana. Ten presente que Paal ha organizado un gigantesco complot y ha pagado con oro de verdad durante más de dos años. Ignoro exactamente hasta dónde ha llegado a sobornar en los centros estatales, como tampoco sé quién está de su parte y quién en contra. Pero estoy segura de que tú eres un verdadero patriota y tu ideal es luchar contra la corrupción.

—Pero ha muerto Paal, ¿sí o no?

—Anoche tenía que estar muerto. O al menos, la noticia de su muerte se dio por Radiovisión a los principales centros gubernamentales. Sin embargo, mi enviado, un terrestre fiel, amigo de Mason, no llevaba ninguna arma automática para cometer la muerte. Paal habría pasado a la eternidad sin sufrir ninguna mutilación. ¡Habría muerto magnetizado!

»Y la última noticia que tengo es que Paal ha muerto atomizado, desintegrado. —Ella se detuvo y pulsó una palanquita de la caja oblonga que llevaba colgada de la cintura. El ojo de fuego, así se lo parecía a Dario, centelleó un momento y cambió del color rojo al verde, o algo semejante—. Escucha este informe.

Dario quedó perplejo. Se inclinó sobre la mesa, hacia ella, y en el mismo instante, una voz, de procedencia desconocida, repercutió en sus oídos, hablando en esperanto:

»La extraña muerte de Hugh Paal. En las primeras horas de la noche, el conocido financiero australiano fue encontrado muerto en el interior de su despacho, asesinado por un disparo de arma atómica en la cabeza.

»Verificadas las oportunas averiguaciones se nos ha permitido informar que Hugh Paal era un agente secreto de la Federación Australiana, y que trabajaba en un asunto sumamente importante, pero que todavía no podemos revelar. Sin embargo, el gabinete de Prensa lo ha calificado de algo “de importancia latente y vital para la humanidad entera”.

»En breve procuraremos dar más noticias de este trascendental acontecimiento, que podría significar algo muy grave e importante para las relaciones diplomáticas de las N.
U. Tras
este velado prólogo, nuestros televidentes comprenderán que la solución de un asunto de tal gravedad está en manos de las autoridades competentes».

—¿Qué te parece la grabación que hice de la primera información de prensa? —preguntó entonces la mujer mirando a Dario.

—Ya tenía alguna noticia de ello. Pero continúo sin ver claro.

—Yo te lo explicaré todo. Has de saber que, desde hace unos días estoy preocupada por cuanto puede ocurrir y ocurre en torno a este asunto de Paal, así como el porqué te han llamado a ti, al profesor Schwartz y a la doctora de Física Nuclear, Karin Vasiev, de la Universidad de Moscú.

Pero la mujer no pudo continuar su charla. Algo sonó con estridencia, de un modo brusco, y una voz extraña, a través de altavoces, empezó a emitir raras órdenes. Dario vio cómo la mujer pulsaba rápidamente los registros de su caja de la cintura y la luz del ojo central variaba constantemente de colores. Al cabo de varios minutos, se levantó presurosa. Cock la imitó y leyó en su rostro síntomas de alarmante excitación.

—¡Has de volver inmediatamente con tus compañeros! —ordenó.

Y antes de que Dario pudiera darse cuenta de lo que sucedía, una niebla espesa se interpuso entre ellos, y se sintió repelido hacia atrás con violencia, aunque no perdió el equilibrio. Vio cómo la niebla se condensaba en la pantalla que antes viera aparecer mostrando a la exotérica mujer. Y luego todo desapareció de su vista, quedando solo una especie de máquina que se iba retirando hacia el fondo, como accionada por una fuerza invisible.

¿Era una máquina aquella bellísima mujer? No tuvo tiempo de responder, pues la puerta del fondo se abrió y el viejo llamado Mason entró, gritando:

—¡Vamos, Cock, póngase de nuevo su casco protector, y vuelva con sus compañeros, que el peligro es grande!… ¡Nos están atacando miles de espacionaves terrestres…!

CAPÍTULO IV

Cock fue conducido hasta el departamento destinado a los prisioneros terrestres, y Mason le instó a que le devolviera la máscara una vez estuvieron con Schwartz y Karin. Al momento, Mason se marchó, advirtiendo antes de desaparecer:

—No se les ocurra, bajo ningún concepto, moverse de aquí. ¡Moriríán!

—¿Qué ha sucedido? —preguntaron el alemán y la rusa.

—No lo sé. Debo reflexionar, pues la sorpresa me ha dejado medio aturdido. ¡He visto aparecer y desaparecer a una «mujer-máquina», y presiento que ahora debe estar ocurriendo algo gordo!…

—¿Algo gordo? ¿Qué quiere decir?

—Un ataque espacial, si estamos en el espacio, y aéreo, submarino o subterráneo, si estamos en el aire, en el agua o bajo la tierra, por aquí todo es posible.

Karin Vasiev miró perpleja a Cock y preguntó:

—¿Vio usted a «Ella»?… ¿Cómo es?

—Aún no sé si la vi o no la vi. Pero la escuché, y si todo lo que me ha contado es cierto, tenemos mucho que aprender de «Ella»… ¡en todo!

—¿Guapa? —preguntó Schwartz.

—¡Bellísima es poco! —afirmó Dario.

Karin silbó haciendo un mohín de desdén.

—Y por todo lo expuesto, dignísimos camaradas de cautiverio, el audaz y jamás bien ensalzado Dario Cock va a emprender la lucha dentro de breves instantes —terminó riendo el aventurero del espacio.

—¿De veras se propone iniciar la lucha? —preguntó Karin.

El brasileño no contestó. Había iniciado un rápido paseo en torno a la cámara. Luego, se volvió hacia el profesor Schwartz.

—Dígame, hombre de la vieja Europa, ese aparato que lleva usted semejante a un contador «Geiger», ¿es alguna arma atómica?

—¿Qué? ¿«Tomasín»? Tiene muchas aplicaciones, e igual le lanza un intensivo chorro de gas somnífero como un potente rayo desintegrador. Aunque no le será útil para salir de este encierro. ¡Estamos aislados!

Pero Dario había continuado su marcha en torno a la mesa. De pronto se detuvo, se dirigió al cuarto donde había estado durmiendo poco antes y tomó la escafandra que utilizaba para vuelos de gran altura.

Examinó el dispositivo de oxígeno, dando vueltas a la botella en sus manos. Karin y Schwartz le miraron sin decir nada, aunque en sus rostros se denotaba una inquietud bastante desusada.

—Voy a intentar algo… No se preocupen por mí. En todo momento tendré presente que me necesitan y procuraré ayudarles. ¿Sabe alguno de ustedes cómo perforar el hierro con un soplete de oxígeno?

—Oiga, Cock, tal vez esto le pueda ser de alguna ayuda —dijo Schwartz, tendiéndole una de las minúsculas cajitas de recambio que llevaba en su extraño aparato—. Aquí dentro hay energía nuclear en una pequeña pila. Si consigue hacerla detonar, por medio de una bala, por ejemplo, haremos todos un viaje al más allá. Imagino que, en último extremo, puede ser una solución para todos. ¿No les parece?

Dario tomó la minúscula y peligrosa cápsula y luego examinó la pistola que llevaba en la funda de su pantalón de vuelo. Acto seguido, guardó ambas cosas en uno de sus bolsillos.

¡Pero debía existir algún medio de salir de allí, y Dario estaba seguro de encontrarlo!

Más de diez minutos estuvo examinando las paredes de todos los departamentos. No halló nada. Pero, al llegar a la estancia que hacía de cocina, dio con una solución. Además de los objetos necesarios había también una gran cocina, de gas y eléctrica, con horno y renovador de aire.

Pero a Dario sólo le interesaba la botella de suministro de gas. De su propia botella de oxígeno extrajo un tubo de acero flexible,

que junto con la espita del gas transformó en un abrir y cerrar de ojos en algo muy distinto a un soplete, pero de gran utilidad, como bien pronto quedó demostrado.

—¡Si perfora usted la puerta, penetrará el gas nocivo de esta nave y moriremos! —exclamó Karin, cuando comprendió lo que intentaba hacer el brasileño.

—No tema. Mientras yo perforo con mi soplete, ustedes se subirán a la mesa. Luego, mientras yo trabajo en la otra puerta, coloquen un parche de linóleo sobre el agujero y supongo que la presión de nuestra atmósfera, más fuerte, lo contendrá. Luego, pueden utilizar mi herramienta para volver a soldar el boquete.

Dario se dirigió a la puerta y encendió su improvisado soplete. Al cabo de unos minutos, sin que los otros dos le hubieran contestado, logró practicar un agujero en el muro lo suficientemente grande para permitir el paso de su cuerpo. Al fin, de una patada arrancó la chapa de hierro y se coló rápidamente por el agujero.

A continuación, ya envuelto en las sombras del compartimiento anterior, se dispuso a taladrar el otro muro. Maniobró de forma que la lengua de fuego corrosivo no taladrase el hierro por completo, dejando una débil capa para que el fuego no delatara su trabajo al otro lado del muro. Luego podría reventar el hierro de una patada y salir fuera.

La suerte le acompañó hasta el final de su raro trabajo, pues la botella de oxígeno había quedado reducida a menos de la mitad, y había de necesitar luego de él para sus pulmones. Al fin, dio por terminado su trabajo. Se colgó de nuevo la botella a la espalda, enroscó el tubo de su casco escafandra y sonrió satisfecho.

A continuación, empuñando la pistola, dio una violenta patada al círculo que había perforado y el boquete quedó abierto, por el que salió rápidamente, como un gato de su gatera.

Se encontró en la pasarela junto a la gran chimenea. Pero no vio a nadie por aquellos contornos. Al asomarse sobre la barandilla, vio, allá abajo, en torno a la enorme máquina, a los seres vestidos de azul agitándose como demonios en el infierno. Potentes chispazos de luz salían de las compuertas de la máquina.

Echó a correr pasarela arriba, adosado al muro, para no ser descubierto desde abajo, en dirección a donde Mason le había

llevado para ver a la extraña mujer.

Pero cuando hubo ascendido dos pisos vio acercarse a dos de aquellos raros tipos y se quedó rígido. Mas los individuos pasaron, al parecer sin verle, casi junto a él, sin detenerse, cuando Dario ya estaba a punto de emprenderla a tiros con ellos.

Perplejo y pensativo, Dario siguió subiendo y, al llegar al rellano, por el cual habían penetrado cuando llegaron a la nave, vio dentro del pasadizo vivos rayos de luz y fogonazos violentos. También vio varias figuras embozadas correr de un lado para otro. Con la pistola preparada el terrestre corrió hacia ellos, para detenerse, al fin, a prudente distancia. Y fue entonces cuando descubrió algo sorprendente. ¡Todos aquellos seres le veían, como le habían visto los dos con los cuales se tropezó en la pasarela, pero no le hacían el menor caso!

Vio que transportaban cajas metálicas hacia las puertas laterales de las que surgían los brillantes fogonazos.

Dispuesto a disparar contra el que se interpusiera en su camino, se acercó a una de las puertas. Y ya dentro del departamento, Dario vio una máquina adosada al muro y una especie de claraboya en el techo. Era una abertura corrediza a través de la cual se veía el cielo iluminado por el sol.

¡Y la máquina no era otra cosa que un cañón atómico, el cual lanzaba granadas antigravitacionales!

Sorprendido, pero con la certeza de que allí ocurría algo fuera de su conocimiento humano, se mezcló entre aquellos hombres. Y una vez empujó a uno, viéndole vacilar y desorientarse, sin saber qué hacer.

Por tanto, decidió actuar sin pérdida de tiempo. Vio a un individuo que llevaba una hoja de plástico perforada y la depositaba en una ranura de la máquina. El cañón lanzó otra de aquellas granadas. El individuo volvió con otra hoja, pero Dario se la quitó de las manos, ¡y lo vio continuar su camino con la misma naturalidad que si la siguiera llevando! ¡Lo vio cómo hacía el gesto de depositarla en la ranura y regresaba a buscar más!

Pero la máquina no disparó aquella vez. No obstante, los demás individuos que cooperaban de un modo u otro al funcionamiento del cañón atómico, ni siquiera se dieron por enterados.

—¡Estos seres son idiotas! —se dijo cada vez más asombrado—.

Están tan mecanizados que no conciben un fallo.

Luego, se acercó a la pantalla y logró captar varios centelleantes puntos volando raudos por el cielo, intentando escapar del campo antigravitacional.

No le costó gran trabajo identificar aquellas naves, como pertenecientes al Ejército Espacial de las N. U.

Dario maniobró luego con los mandos de la pantalla visora, haciendo girar el objetivo tomavistas, y pudo ver que en torno a la nave de los seres de Antares había una legión de espacionaves de combate terrestres, muchas de ellas ya aprisionadas por la inmovilidad antigravitacional.

Entonces distinguió una nave familiar, detenida cerca del enorme huso azul del «Valthur II». La reconoció lanzando un rugido de rabia. ¡Era su propia nave espacial, ahora pilotada por Basil y Mark, a los cuales vio saliendo de la carlinga, por la escotilla abierta!

¡Sus amigos habían venido a rescatar a su jefe y amigo, pero ellos también resultaron víctimas de la misma suerte que Dario Cock! Al ver esto, el furor dominó el forzudo brasileño. Miró en torno suyo, viendo ahora gran desconcierto entre los manipuladores del cañón atómico.

De repente, se oyó algo dentro del departamento, y Cock quedó asombrado al escuchar una voz conocida, que le hablaba con nítida cadencia en el lenguaje internacional esperanto, aunque con acento enojado y autoritario:

—¿*Vi aúdu min, Dario! Laü kia maniero vi eliris via cambro*?[1]. ¡Me estás inutilizando un arma que nos sirve para la defensa! ¿No sabes que puedo matarte ahora mismo?… ¡Cogedle, estúpidos, yo os lo mando!

Los embozados le miraron con sus periscopios y se arrojaron sobre él sin transición alguna. Pero, aunque sólo fuera por dignidad, Dario debía dejar bien patente que su profesión era la lucha, la cual ejecutaba de un modo científico.

Volteó a varios de aquellos diminutos seres, y fue entonces cuando comprendió quiénes eran los servidores embozados de azul. ¡Pues no estaba luchando contra seres vivos, sino contra máquinas robóticas, sin conocimiento alguno, excepto el de sus complicados circuitos electrónicos!

En menos de diez minutos se hizo el amo del departamento. Saltó por encima de los abollados cuerpos metálicos, pisando resortes, mecanismos, pilas eléctricas, registradores electrónicos, en un confuso montón de chispazos y humo denso, y se dirigió hacia el pasillo.

Pero la voz de la mujer siguió repercutiendo en su cerebro:

—¿Qué has hecho, insensato? ¿No comprendes que sólo deseo paralizar a esos dementes que nos atacan, formando un campo gravitacional que les impida acosarnos y así poder alejarnos de ellos?

»¡Pero no puedo perder el tiempo ahora con explicaciones! ¡Sal de ahí, Dario, y regresa a tu camarote!

Sin embargo, el brasileño no estaba dispuesto a dejarse intimidar por aquella voz autoritaria. Por ello, sin hacer caso, saltó sobre los mutilados robots y corrió hacia la puerta.

En el pasillo vio correr a Mason llevando puesta su máscara de aire, y pensó que aquel sujeto podía explicarle también muchas de las cosas que necesitaba saber.

—¡No sea usted imbécil, señor Cock! —le oyó gritar.

Pero Dario no le dio tiempo a decir más. Saltó, como si tuviera muelles en las piernas, y lo cogió por la cintura, rodando ambos por el suelo aparatosamente. Y del primer puñetazo que Dario atizó a su adversario en el estómago lo vio encogerse y, con un suspiro entrecortado, quedar inerte en sus brazos.

Luego se incorporó, se cargó al hombro a su desvanecida víctima, y salió corriendo hacia la escalerilla que conducía a la sala, en la cual se entrevistó con aquella mujer tan maravillosa como extraña.

No obstante, no anduvo más de veinte pasos, pues de repente sintió un insólito mareo y la vista se le nubló. Cayó rodando al suelo, con Mason todavía sujeto por las piernas. Quizá fue su crispación, al aferrar el cuerpo de su prisionero, lo que le impidió rodar por debajo de la pasarela y caer al fondo de la chimenea, hacia donde seguía funcionando la enorme máquina accionada por los robots vestidos de azul.

¡Quedó tendido en el mismo filo, sujeto por un pasamano de hierro!

* * *

Dario no supo cuánto tiempo había permanecido insensible, pero, al abrir los ojos, se encontró sobre un lecho, rodeado de varias personas, todas ellas conocidas.

En primer lugar, vio a Karin Vasiev y a Franz Schwartz. También vio a Basil Tyrrel, el joven del bigote nicotinado, a Mark O’Brien, pecoso, alto y rubio, y a dos hombres más, los cuales vestían el uniforme del «Air Army» norteamericano, aunque con los distintivos de agregados al «Ejército Internacional de las N. U.». También reconoció el dormitorio donde ya había descansado anteriormente.

—¡Ved cómo vuelve en sí nuestro héroe! —Oyó Dario que exclamaba irónicamente Basil Tyrrel.

Y por fin, Dario logró articular palabra y preguntó:

—Pero ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Exactamente lo mismo que tú, viejo bucanero. El ogro de Clark Sutton nos envió hace dos días a Mauna Loa a preparar nuestra nave espacial. Y, cuando lo tuvo todo prestado, comido y amasado, te puso en el ajo a ti para que sirvieras de cebo a un pez rubio y exótico.

—¡Rojo, rosado y azul! —rectificó O’Brien.

—¿La habéis visto? —preguntó Dario.

Basil Tyrrel puso cara de hallarse en éxtasis y respondió:

—¡Sí, sólo unos minutos! ¡Es celestial!

Todos rieron. Y fue O’Brien, al cabo de un instante, quien explicó:

—Todo salió como Sutton tenía preparado. Más de dos mil aparatos se concentraron en Hawaii, dispuestos a salir al espacio cuando el capitán Dario Cock, con su «Delta-5», diera la voz de alarma.

»Naturalmente, aquí mordieron el anzuelo, pues sospecharon que el célebre Cock sabía del asunto Paal más que el propio Paal. Ya estaban contigo el profesor y la profesora, de Berlín y Moscú respectivamente, los cuales dejaron funcionando un radiotransmisor de onda corta, el cual nos sirvió de orientación para acercarnos

como vándalos a este enorme cigarro azul. ¡Mejor dicho, adonde se encontraba antes, puesto que ahora hemos salido al espacio libre y volamos fuera de la atracción de la Tierra!

»Y como Basil le dijera descaradamente a esta mujer que era la hembra más hermosa que había conocido en toda su sucia y arrastrada vida, ¿sabes lo que respondió?

Pero fue Karin Vasiev quien se adelantó y habló con cierto deje de triunfo en sus palabras:

—Dijo: «Hermosa, puede ser. Aunque me hago y me deshago a capricho. En realidad, para ustedes soy una vieja. Cuento con ochocientos años de la Tierra. ¿No creen que deberían respetar un poco mis canas?»… ¡Eso fue lo que habló, señor Cock!

Y viendo la expresión de estupor que adoptó Dario, O'Brien agregó:

—Es cierto, Dario. ¡Tiene ochocientos años, y más de la mitad se los ha pasado viajando por el espacio!

—¿Es inmortal? —preguntó el postrado Dario, con un débil hilo de voz.

—No, simplemente, longevidad. Nos ha dicho algo de conservación y regeneración de las células genéticas, ¡un procedimiento muy complicado que no hemos comprendido! —terminó Franz Schwartz—. Aunque he grabado una cinta en el pequeño vientre de «Tomasín».

—¡Qué listo es «Tomasín», profesor Schwartz! —rezongó Dario sonriendo y levantándose para mirar con atención a sus amigos—. Y ahora, ¿qué pensáis hacer?

—Nada. De eso hablaremos luego con Sanda.

—¿Sanda? ¿Se llama así «Ella»?

—Eso ha dicho. Pretende detenerse en Vesta para recuperar y reorganizar su diezmado «equipaje» robótico. Me consuelo pensando en que no tiene malas intenciones para con nosotros, y que está dispuesta a desorganizar a la gente de Paal —terminó Mark O'Brien.

—¿También os ha hablado de él? ¡Entonces, sólo nos falta prenderla y llevarla maniatada a Brasilia para que sea juzgada e interrogada por los técnicos! —exclamó Cock sonriente.

—Sí, a Brasilia, amigo mío. Ven y escucha el televisor que

tenemos en el «*hall*», ¡y verás qué noticias recibes de la Tierra!

—Se ha sublevado Hugh Paal, ¿no es así? —preguntó.

—El, si es que vive, o sus cómplices filtrados en las altas esferas gubernamentales. El ataque que lanzamos desde Mauna Loa ha servido de toque de clarín y más de cien gobiernos han sido encarcelados por tropas que han pillado desprevenida a la Organización Internacional. Se ha formado un Comité de Regularización, en la India, y desde allí están saliendo millares de navíos anfibios en todas direcciones para someter a los cinco contenientes. La sorpresa ha sido tanta que ni siquiera ha habido sangre…, ¡por ahora! ¡Escucha este radiovisor a distancia!

Cock maniobró rápidamente en el televisor que había sobre la mesa y al poco se iluminó la pantalla mostrando la visión algo borrosa de un sujeto que transmitía en la Tierra por múltiples canales.

Se vio al momento una tribuna enorme y más de cincuenta micrófonos. En ella gesticulaba un sujeto desconocido y a su lado se veían individuos uniformados, con rostros de traidores.

—«… unidad universal —decía aquel hombre en esperanto—, o igualdad de derechos para todos los pueblos del Universo. ¡Éste es el movimiento político más importante en veinticuatro siglos de existencia histórica! ¡Ciudadanos del mundo, nos hallamos ante la más perfecta realidad en la evolución de la raza humana, a la cual vamos a contribuir todos por el laureado camino de una paz gloriosa! —Hubo algunas interferencias, y luego el orador continuó:

»¡… no es rebelión contra los acuerdos internacionales, no es sedición a los deberes jurados, sino reorganización bajo un solo Gobierno Mundial! ¡Todos los pueblos estarán regidos por un gobierno único y central, y dirigidos por el más grande economista y estadista de todos los tiempos, el poderoso Hugh Paal, de la desaparecida Federación Australian…!

»Entre todos los que escucharon esta noticia, el nombre de Paal, agente secreto y falso financiero, traidor y asesino, cayó como una bomba, pues aquello demostraba que su muerte había sido una comedia… ¡Una horrenda farsa precursora de la traición!».

—¡Esto ha terminado! —murmuró Franz Schwartz con tristeza —. ¡En la Tierra se ha instaurado la dictadura de un demente ambicioso! ¡Pobre humanidad!

CAPÍTULO V

A 2,8 Unidades Astronómicas (420 millones de kilómetros del centro del Sistema Solar), un pequeño asteroide llamado Vesta recorre su órbita en torno al astro rey, rodeado de silenciosos mundos en miniatura, cuyos volúmenes oscilan entre el de un simple pedrusco no mayor que un balón de fútbol y los de cerca de mil kilómetros de diámetro.

Se trata de un apretado y denso cinturón que se mueve envuelto en su helado sudario de muerte, desprovisto de atmósfera en su mayoría, y moviéndose en el espacio infinito a grandes velocidades de traslación y rotación. Sin embargo, navegando en una astronave, los asteroides parecen aumentar y disminuir de tamaño debido a la fantástica velocidad de la cosmonave.

Ésta era una nave azulada, de unos cien pies de altura, en su parte más ancha, por casi mil de larga, en forma de huso o cigarro puro, sin alas de sustentación, ni siquiera reactores de cola.

Dentro de la nave todo era silencio, automatismo y sigilo, en la que se traducían y se cumplían las órdenes de manera mecánica.

Y a poco, el cuerpo brillante que se hallaba frente a la nave, fue agrandándose, hasta que la superficie del suelo ocupó todo el tamaño de la pantalla de observación de los tripulantes de la nave.

Era éste un paisaje que más que exótico podríamos llamar brutal y salvaje, en el que se abrían por doquier abismos insondables y en el que se veían cimas de enormes montañas blanqueadas por el sol, cubiertas en parte de brumas y en parte de nieve eterna. Y en sus umbrosos valles una vegetación rojiza y parda se extendía lujuriante hasta los acantilados o hasta las márgenes de extensas charcas ambarinas de rutilante y engañoso brillo.

A medida que la enorme astronave iba acercándose al suelo, la

velocidad de caída se reducía y, ya dentro de la poco densa atmósfera, casi rozando los picos elevados de las montañas blancas, se dirigió hacia un extenso llano cerca de un enrevesado boscaje que cobijaban dos altas montañas de un tétrico color negro.

Y, al fin, sin la más mínima sacudida, suavemente, el gigante del espacio se posó en el suelo.

* * *

En el departamento donde los terrestres departían acaloradamente, todos notaron algo así como una vibración muy débil en el piso metálico; luego, se hizo un silencio más profundo que el anterior, lo cual les hizo suspender la discusión y mirarse entre sí, sorprendidos.

Dario corrió hacia la puerta y retiró con precaución el trozo de linóleo que taponaba a presión la abertura practicada por él dos días antes, pero el gas nefasto le hizo retroceder protegiéndose el olfato y volviendo a tapar el agujero.

—¡Cierra eso, loco! —gritó Basil Tyrrel—. ¿Quieres que nos asfixiemos todos aquí dentro?

—Me da la impresión de que hemos llegado a alguna parte…

Un chasquido en la puerta exterior le interrumpió. Y al poco rato apareció Mason llevando puesta su máscara protectora. Volvióse a cerrar la puerta y entonces el hombre se dirigió a Dario, con un vago movimiento de la mano.

—Me envía «ella» para rogarle a usted que salga a dar un paseo. —Cock notó cierto desprecio en sus palabras, con el que expresaba el desagrado que sentía el hombre al verse obligado a dar su recado. El brasileño dedujo que todavía recordaba la «caricia» que le propinó, pero no aludió a nada, limitándose a asentir—: Ahora le traeré un casco protector de oxígeno.

Mason volvió a marcharse dando media vuelta rápida.

Fue Karin quien se acercó al brasileño y le dijo:

—¡Haga el favor de interceder para que nos saquen de aquí! ¡Ya estoy cansada de permanecer tanto tiempo encerrada!

—¿Con tantos hombres, doctora? —replicó Dario.

Karin se mordió los labios despechada y con el corazón lacerado dentro de su pecho, sin querer dar a entender lo que para todos era

archisabido, excepto para el interesado, ¡como siempre suele ocurrir!, pues la muchacha sólo vivía pendiente del brasileño, se volvió hacia la cocina y se encerró entre los cacharros de guisar. Desde allí escuchó a Dario decir a los otros:

—Voy a efectuar un trato con Sanda. Y del resultado de la entrevista os aseguro que nuestro «difunto» Hugh Paal va a durar muy poco en ese inestable trono que con tanta falsía se ha creado… ¡Espero que en esta ocasión iremos de comandos a nuestra propia Tierra!

Mason regresó con un traje espacial antirradiactivo y una escafandra de campana transparente. Dario se la puso y salió en pos del viejo. Cuando llegaron al pasillo que conducía a la escotilla exterior, Mason sujetó el brazo del brasileño, el cual continuaba ya hacia la gran sala donde viera por primera vez a Sanda.

—¡No, «Ella» está fuera! ¡Le aguarda allí!

—¡Ah, bien! —respondió Dario.

Y se alegró interiormente, pues quería volver a ver a aquella mujer legendaria frente a frente, en un terreno neutral, donde el artificio de lo desconocido no fuese una rémora para él.

Hallaron la compuerta abierta y a varios robots embozados que custodiaban la salida. Dario recordó que la gravedad de Vesta era muy pequeña y muy grande la radiactividad de su suelo. Al salir a la luz del sol parpadeó repetidas veces. Y abajo, en tierra, junto a un raro árbol enano, de frondoso ramaje color verde rojizo, vio una figura esbelta, que no vestía escafandra alguna.

¡Era la mujer exótica con quien había hablado hacía varios días! Y vista allí, a la luz del sol, ataviada con un llamativo manto carmesí y una diadema de piedras preciosas en la cabeza, más parecía una diosa que una mujer.

No obstante, a pesar de latirle el corazón con violencia, Dario bajó la escalerilla despacio y haciéndose el firme propósito de pactar con ella en el terreno más ventajoso. También se extrañó de que Sanda no llevara escafandra, pero se dijo que la constitución física de ella debía ser distinta a la suya.

Se dio cuenta también de que Mason se quedaba detrás de él, y sintió su mirada, preñada de odio, fija en su espalda. Pero no volvió siquiera el rostro, mirando fijamente la armoniosa figura de la mujer de Antares.

Le daba la sensación de estar contemplando algo mágico, porque Sanda, desde la punta del fino zapato de cristal hasta la última piedra de su diadema, no sólo era bellísima, sino también celestial. Y Dario habría seguido admirando aquel sublime conjunto armónico, de no haber recordado las palabras de Tyrrel: «Hace que nació ochocientos años».

¡Y esto fue un *shock* tan fuerte que incluso fue captado por Sanda a pocos metros de distancia!

—Buenos días, Dario —dijo en su lenguaje. Y la mente del brasileño, influida por la corriente telepática, tradujo las ideas—. Primero quiero decirte que estoy muy enfadada contigo. ¡Me inutilizaste veinte servidores tontamente! ¿Son todos los terrestres tan impulsivos como tú?

—No, «señora anciana». —Dario recalcó con intención estas palabras, para ver el efecto que causaban. Pero Sanda se limitó a sonreír de un modo que le desarmó, al par que le tendía su mano marfileña—. Los hay más pacíficos que yo. Pero este servidor no en vano tiene la fama que le han dado sus semejantes.

—Sin embargo, eres encantador, Dario… ¡Y muy fuerte, créeme! —Dario captó también la sensación admirativa en su transmisión de pensamiento—. Ven, hablaremos paseando… No, no uso la escafandra porque no la necesito. Sólo debes saber que tomo unos comprimidos e incluso puedo respirar dentro del agua. A mí no me atacan los óxidos como a mis servidores, o los tóxicos, como a vosotros. En cuanto a mi edad —sonrió y miró de reojo a Dario—, es propia del ambiente en que vivo. Hemos perfeccionado mucho nuestro metabolismo. ¿Me has comprendido?

—No, pero es como si te entendiera.

Dario miraba continuamente a Sanda y a su alrededor, tan absorto en el influjo de la mujer como en el extraño paisaje que les rodeaba.

A la sazón caminaban por el lindero de una exuberante floresta que ascendía hacia las laderas del monte negro, el cual era muy parecido a un gran hacinamiento de carbón mineral, entre cuyas fisuras y grietas se deslizaba un líquido grisáceo que iba a perderse entre los arbustos.

Al cabo de media hora de marcha se habían alejado de la nave lo suficiente para no verla, oculta por el follaje del frondoso bosque.

Entonces, Sanda le rogó se sentara sobre unas piedras y descansara. Había estado hablando de futilidades, y ahora, tanto el uno como la otra, se hallaban pendiente de las preguntas que Dario iba a formular y que ella había intuido de antemano.

Sanda se despojó de la clámide carmesí y mostró su bello cuerpo enfundado en un ajustado y corto traje verde, el cual contrastaba con el azul rosado de su cabello y el marfil viejo de su barniz artificial en brazos, rostro y piernas. Pero su busto era exuberante, sugestivo, hechicero. Se sentó, adoptó una voluptuosa postura y miró a Dario.

Luego habló lánguidamente, en esperanto:

—¿*Cüvi kredas ke Antara virino povas ami tero viro'l*?[2].

—¿Eh?… ¡Pues… no sé! Yo…

—¿Sabes cómo vivimos en Xahkla? A mí me ha resultado siempre muy natural; pero estoy segura de que lo comprenderás. Mi pueblo es muy reducido, pues hace muchos años se agotaron los recursos naturales y la ley sólo protege a los emigrantes, dándoles toda clase de facilidades para trasladarse a otros mundos.

»En Xahkla existen la casta heroica, o de los gobernantes, que residen siempre allí, dedicados al estudio y servidos por máquinas como éstas que llevo a bordo del "Valthur II", y la casta predestinada de los sometidos, que, como yo, deben salir de viaje por el espacio una vez están preparados.

»Pertenezco a esta segunda clase porque mis padres quisieron tener varios hijos. El primogénito de una familia es "heroico", y los demás son «sometidos» o emigrantes. Esto no hay nadie que lo pueda evitar o modificar. Así que me casé con Sando, de quien tomé el nombre, y que también era «sometido», y, con los recursos que nos facilitaron, salimos a la aventura.

—¿Y no has encontrado nunca un mundo que te sirva?

—Sí, millones de ellos. Pero mi marido era algo aventurero, como yo. Y este continuo vagar sin prisa nos trajo a Mavoda, en el remoto y pequeño sistema de Axda, al cual vosotros llamáis Sol… ¡Aquí perdimos nuestro «Valthur» y me temo que de aquí no podré salir!

—Pero ¿y ése? ¿No funciona bien?

—Sí… Sin embargo, soy un ser incompleto… ¡Me falta Sando! —respondió ella tristemente.

—¿Y qué puedo yo hacer por ti a cambio de mi libertad y la de mis compañeros?

—¡Pero si tú siempre has estado en libertad!

—Entonces, ¿para qué me retuviste cuando me dirigía a Australia a ver a Hugh Paal?

—Escúchame bien, Dario. Todo este embrollo no ha sido creado por mí. Hasta hace cuatro días, tú y tus compañeros no existíais para mí. Soy yo quien podría estar resentida de que hayáis intentado perjudicarme, pero no lo estoy. ¿Y sabes por qué? Pues porque me has resultado agradable, Dario. Te vi en la pantalla visora que tengo en el navío. Desde allí dirijo el mando y controlo todo cuanto me concierne, aunque esté a millones de kilómetros de distancia.

»¿Ves este aparato? —señaló la caja oblonga que llevaba colgando de la cintura—. Esto me informa de cuanto ocurre en alguna parte, relacionado conmigo. Simplemente, se trata de un transformador dimensional, el cual está conectado magnéticamente para tiempo y espacio, en todos sus sentidos mecánicos y psíquicos, con alguien que se llama Sanda. Yo soy el concepto cuatridimensional de este complicado aparato.

Dario no salía de su asombro y la escuchaba con el más vivo estupor reflejado en el rostro dentro de su campana transparente.

—Por esa razón, cuando tus jefes te designaron para averiguar dónde me encontraba yo, salí a tu encuentro. ¡A mí, quien me busca me encuentra!

Y en aquel momento, cuando Sanda hablaba con expresión queda y sencilla, como si sus palabras surgieran de lo más profundo de sí misma, tomó de pronto la enguantada mano de Dario y se la llevó a los labios. Él, perplejo, creyó ver lágrimas en sus ojos azules, pero no dijo nada. ¡Sanda le besó con cariño el guante de su mano! Y musitó tiernamente:

—¡Sé que es imposible, Dario…, imposible! ¡Pero te amé en cuanto te vi y no te podía matar, aunque hubieras sido mi mayor enemigo, aunque hubieras sido Paal!

Dario Cock habría dado todo el oro del mundo por poder quitarse la escafandra que separaba su rostro del de ella. Y ante esta

imposibilidad, se mordió los labios y se volvió para mirar a otra parte.

El ojo magnético que llevaba Sanda en la caja de su cintura destelló repetidas veces. Pero la mujer, excitada como estaba hasta lo indecible, sólo pensaba en Dario, ajena al universo entero, ajena al pasado y al futuro, al tiempo y al espacio, alentando en su pecho una fuerte pasión que estaba siéndole nefasta.

Dario al mirar hacia otro lado vio algo que le dejó perplejo de momento. ¡Y que después le hizo dar un brinco! ¡Pues al otro lado del bosque algo se movía en el cielo!

Sanda también se levantó a mirar. ¡Entonces ambos pudieron ver una espacionave azul y alargada, que se perdía en el espacio infinito!

—¡Dios mío! —murmuró Dario.

Luego, miró a Sanda, cuya expresión se había transfigurado instantáneamente.

La vio inclinarse y maniobrar rápidamente, con temblorosa mano, en las palanqueas de su caja de control cuatridimensional. Tan agitada estaba que la diadema que lucía sobre el cabello se le cayó al suelo y Cock vio cómo el metal precioso y las gemas, al ponerse en contacto con la tierra arcillosa, despedían una extraña fosforescencia y se teñían de un color blanco amarillento, perdiendo su brillo. Entonces, Dario Cock comprendió a qué se debía aquel fenómeno:

¡Radiactividad, el veneno más peligroso y corrosivo para cualquier organismo celular y vivo! ¡Pero se asombró aún más al comprender que Sanda no daba muestras de estar sometida a ella, que la radiactividad no le causaba el menor daño!

Sanda se irguió al fin, con un rictus de tristeza y amargura en el rostro, y dijo con voz apagada:

—¡Estamos perdidos, Dario!… Si no ocurre pronto un milagro, moriremos… Ha sido Mason, ese maldito traidor, de quien no debí fiarme ni un solo instante. Era amigo de Paal, pero me dijo que prefería estar conmigo. ¿Sabes lo que ha hecho?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Me lo dice esto —golpeó con sus finos dedos la caja oblonga donde el ojo magnético continuaba cambiando intermitentemente de colores—. Ha obligado a ese profesor alemán y a la muchacha

rusa a gobernar la nave para que les lleve de regreso a la Tierra. Tus amigos no han querido secundar su plan de huida, pero uno de los pilotos americanos ha sido muerto… Ahora, Tyrrel y O'Brien están maniatados y encerrados en una cámara, junto con el otro muchacho de las Fuerzas Aéreas… ¡Y puedes imaginarte lo que les espera en Mavoda!

—¡Basil y Mark irán a la prisión submarina para toda la vida o serán ejecutados! ¿No es así, Sanda? —Dario había cambiado de color.

—Eso es lo que piensa Mason… ¿Quieres que te diga otra cosa? Esa mujer rusa, Karin, está enamorada de ti y tiene celos de mí. ¿Qué poder tienes, Dario, que todas las mujeres te aman en cuanto te ven?

Dario se hallaba demasiado preocupado para hacer caso a la última pregunta, considerada como una tontería; pero no dejó de sentir cierta aprensión por el destino que les aguardaba a todos.

—¡Moriremos aquí de inanición, Dario!

»¡Morir junto a una mujer de otro mundo!… ¡Karin y Sanda, dos civilizaciones distintas, un solo corazón! ¡No, el amor no ha penetrado en mi vida, sola y exclusivamente dedicada a la lucha!

»Pero tampoco se puede combatir contra lo imposible… Mason es una canalla y un traidor. Debí suponerlo, pero confié en esta mujer. Creí que su ciencia estaba por encima del engaño… ¡Y ahora resulta que está enamorada como una taquillera de compañía de viajes! ¡Y por mí se ha olvidado de su deber, un deber más sagrado que el amor! ¿Tendré, incluso, que velar por ella?

—¡No te molestes, Dario! —le gritó ella enojada, tal vez a consecuencia de haber leído su pensamiento—. ¡Sólo el azar nos puede sacar de aquí! Pero ha de ser un azar que se dé mucha prisa, pues no resistiremos más de una semana. Conozco muy bien esto. Cuando se ponga el sol, la noche será breve, ¡pero horrible!

Dario se convenció de que Sanda no era lo infalible que él había imaginado. Y, no resignándose a permanecer inactivo, empezó a sospesar las posibilidades que poseían para salir con vida de aquel trance. Pero de pronto, sintió un grito de Sanda y la oyó decir:

—¡Ven, corre, han quedado algunos robots en el suelo!

Dario corrió todo lo que su pesado traje le permitía en pos de

Sanda, la cual parecía volar por el lindero del bosque, ligera y grácil como una gacela. ¿Tenía de verdad ochocientos años aquella mujer? ¿Cómo serían estos años? Porque Dario sabía muy bien que el concepto del tiempo era distinto para muchos planetas. Y sin saber por qué pensó que el amor podía ser posible con aquella mujer.

Corría y veía la perfecta espalda de Santa. Pero aunque quiso imaginar más de lo que veía en ella, encontró algún parecido con otra mujer que también tenía en la mente… ¡Karin Vasiev!

«¡Qué contraste, Dios mío! —se dijo Dario—. ¡Pienso en ella, porque corre mayor peligro que yo! ¡Y pienso en ella, porque es más real… más de mi mundo!».

Vio a varios robots vestidos de azul frente a Sanda, y entonces detuvo su carrera, porque el peso de las botas magnéticas le cansaba. ¡De buena gana se habría quitado la escafandra y se habría sentado en el suelo!

Sanda accionaba los mandos con rápidos y curiosos ademanes, pareciendo dar instrucciones a sus servidores. Cock oía su voz clara y armoniosa, pero no entendía su significado. Luego, ella se volvió hacia él y le llamó con el pensamiento:

—¡Ven, Dario, de momento estamos protegidos!

Y Cock pensó con tristeza en la pobre protección de un robot mecánico. Pero se encogió de hombros, diciéndose que, si en tres meses no venían a recogerlos —¡y en caso de encontrar alimentos!— de su cuerpo sólo encontrarían un esqueleto dentro de una escafandra de vacío.

¡Risueña perspectiva!

No obstante, la compañía de los robots resultó más grata y útil de lo que Dario había temido. Pues en menos de cinco días habían construido una casa como él no habría sido capaz de imaginar, y en su interior crearon una atmósfera de aire puro y respirable, valiéndose del procedimiento de condensación de ciertos materiales hallados en Vesta. Uno de los robots fue sacrificado y su mecanismo electrónico sirvió para que Sanda hiciera verdaderos milagros con él.

El aliento se lo proporcionaron los árboles del cercano bosque, aunque fue preciso tratarlos previamente con descargas eléctricas.

¡Y Sanda había dicho que iba a ser feliz con Dario en aquel

mundo desierto!

CAPÍTULO VI

Dario Cock atisbaba el cielo día y noche, en la vana esperanza de percibir alguna espacionave en ruta hacia algún planeta próximo. Por lo cual, para cuando llegase el momento, había dispuesto una pequeña cajita metálica que encontró en uno de sus bolsillos —¡obsequio de Franz Schwartz!— y que tenía fundados motivos para creer que contenía una poderosa carga explosiva y atómica.

Disponía de una pistola de «yodamita» y de la pistola de Sanda, de proyectiles atómicos, con la cual pensaba disparar sobre la cajita y producir una explosión termonuclear capaz de llamar la atención del presunto navío del cosmos.

Pero los días iban pasando y la ayuda exterior no venía. No obstante, Dario tenía un gran consuelo, pues Sanda le tenía al corriente de lo que estaba sucediendo en la Tierra y de cuál había sido la suerte de sus compañeros. Esta continua información le hacía sufrir mucho, pues el mal había triunfado en la Tierra, y Hugh Paal cometía las mayores atrocidades imaginables.

Sanda se había propuesto algo irrealizable. Con la ayuda de ocho robots pensaba construir una espacionave. Y se pasaba el tiempo, de día y de noche, trabajando y buscando materiales para fundir.

Por su parte, los robots trabajaban sin descanso, porque máquinas como ellas, bien construidas y lubrificadas, no necesitaban descanso. Dario se maravillaba viéndoles accionar, lentos, pero seguros, obedeciendo las órdenes que les transmitía Sanda.

Cuando ésta venía a descansar a la casa, dejaba asignado a los robots un trabajo prolongado, que ellos ejecutaban automáticamente. Pero Dario no confiaba que Sanda y sus ocho

muñecos mecánicos pudieran realizar aquella ingente tarea, aunque lo deseaba de todo corazón.

Sanda le había contado que sus compañeros Basil y Mark estaban prisioneros en una cárcel submarina del Mar de China, y Karin, junto con Schwartz, prisionera también, pero trabajando en un laboratorio de las costas de Mozambique, donde se les torturaba para obligarles a revelar cuanto sabían acerca de la «antigravitación» estudiada en el «Valthur II» de Sanda.

Por otra parte, la Tierra se hallaba sumergida en una guerra fratricida, encendida por la ambición de un loco: ¡Hugh Paal, que aspiraba al dominio total del Sistema Solar! Cuando el fanático agente secreto australiano dio su golpe de estado, a raíz del intento de asesinato por parte de Sanda —¡Paal destruyó al enviado de su enemiga y puso en su despacho a un cómplice con la cabeza destruida para que le tomasen por él y pudiera ganar tiempo!—, fue secundado por casi todos los centros militares de la Tierra, a los que había comprado con el oro que le facilitó Sanda a cambio de materiales para construir su navío espacial.

Pero alguien no estuvo de acuerdo, alguien que sin saberlo había salvado la vida de su subordinado Dario Cock y a la bella Sanda. Éste era el general Clark Sutton, de las Fuerzas de Exploración Espacial de las N. U., quien, cuando se dio el golpe de estado, se hallaba suspendido en el aire, impotente de atacar el navío de Sanda.

Pasadas varias horas del ataque, la flotilla se estabilizó y Sutton pudo ponerse de nuevo en movimiento para regresar a su base. Cuando llegó fue informado de la sedición mundial.

Sin embargo, Sutton ordenó a sus tropas que permanecieran en estado de alarma. Al fin llegó la orden de Brasilia ordenándole ponerse al servicio de la nueva Organización Mundial. Pero el general contestó que si Hugh Paal se había declarado a sí mismo jefe de todos los gobiernos, él declaraba formada una Junta Militar para la salvación y restauración de la libertad de derechos, y consideraba a Hugh Paal como traidor y farsante.

Sutton ordenó abandonar la base de Mauna Loa, detener a todos los cómplices que Paal tenía entre sus tropas, fusilarlos sin más trámites, y se hizo dueño del espacio aéreo, vigilando los principales espaciódromos y aeropuertos del mundo.

Hugh Paal, al recibir la noticia, pegó un brinco en su asiento y ordenó detener inmediatamente al ensoberbecido general. Pero ya fue demasiado tarde.

¡La guerra había estallado y la muerte descendía de las nubes respetando solo las poblaciones civiles, pero ensañándose en los núcleos y acuartelamientos de las tropas rebeldes!

También se luchó contra otras divisiones de fuerzas aéreas a las órdenes de Paal, pero Sutton era un zorro viejo y supo hacerse con el dominio del aire, razón por la cual, Hugh Paal no pudo enviar una espacionave a Vesta, a capturar a Sanda y Dario.

Por otra parte, Mason no pudo explicar a Paal cuál era el secreto de la «antigravitación», pues de conocerlo habría podido destruir al nefasto y enojoso ejército del general Sutton.

La situación de Paal era precaria, sin embargo. Mason no sabía nada de nada, los robots no podían hablar; Tyrrel, O'Brien y el otro piloto americano tampoco sabían nada, aunque fueron encarcelados; en cuanto a Karin y Schwartz, Paal ordenó tratarlos con dureza para que confesaran, pero no consiguió nada.

Hugh Paal presentía que iba perdiendo terreno, porque tenía noticias que en muchas ciudades de América y Europa se ayudaba a las fuerzas aéreas, contraviniendo sus órdenes. Por otra parte, los mensajes que recibían de las colonias interplanetarias no eran muy alentadores.

En Marte estaban a la expectativa; Venus, Mercurio y la pequeña colonia de Saturno se mostraban indiferentes, y con las fuerzas expedicionarias de Júpiter no se podía contar. Lo peor para Paal fue que en la Luna, dos escuadrillas de navíos espaciales, con cien astronaves comerciales y de combate, se pusieron al lado de Sutton, por simple afinidad.

Tal era el panorama en aquellos días de Agosto del año 2306 de la Era Cristiana, en todo lo que abarcaba el dominio de la Tierra y sus colonias interplanetarias, y la lucha proseguía sin inclinarse a un lado u otro.

¡Y todo esto lo sabía Cock, porque Sanda, por medio de sus controles a distancia, estaba enterada de todo… y de mucho más que prefería reservarse!

Y los días iban pasando. Pero Dario seguía encerrado en la casa

construida con láminas de carbón mineral, recorriendo todos los ángulos como un león enjaulado, sin mirar siquiera a Sanda, que, cada día más bella, procuraba traerle toda clase de alimentos escogidos por ella misma en los bosques.

Según parecía, la mujer de Antares trabajaba mucho, lejos de la vista de Dario, pero a éste le consumía la lentitud de los trabajos. ¡Pues los días de Vesta de tres horas, aproximadamente, le parecían de 24, o quizá más!

Un día, mientras él la estaba besando, intentando olvidarse de todo, con aquella maravillosa mujer, Sanda le dijo:

—Las tropas del general Sutton han sufrido un gran descalabro. Más de cien de sus navíos espaciales de combate han sido destruidos con proyectiles atómicos dirigidos por radio. Paal, que estaba en Bombay, ha desaparecido, porque Sutton, loco de furia por el revés, ha hecho destruir la capital de la India…

»Puedo decirte que Paal no ha muerto y que prepara un nuevo ataque sorpresa contra las fuerzas aéreas…

—¡Cállate, Sanda; no me cuentes más cosas! —gritó Dario, desesperado—. ¡Si es cierto que, por medio de tu diabólica telepatía, puedes saber tantas cosas, dime, al menos, cuándo voy a morir, pues no quiero seguir viviendo en esta incertidumbre!

Sanda le miró con expresión triste; luego se le acercó suavemente y le echó los brazos al cuello. Estaban dentro de la casa, por lo que Dario no tenía necesidad de llevar su escafandra.

—Ten calma, amor mío… ¡Serénate ahora! ¿No me tienes a mí? ¿Ya no quieres a tu Sanda?

Durante unos momentos, ella se mantuvo unida a él, abrazada con fuerza a su fuerte pecho. Mas, de repente, él se desprendió con violencia y la empujó, apartándola de sí.

Sanda perdió el equilibrio, sorprendida de aquella brutalidad inesperada y cayó al suelo. Con ojos muy abiertos vio cómo él se frotaba la boca con el dorso de la mano, como pretendiendo borrar los besos de ella. En los ojos de la mujer brilló una lágrima.

Pero Dario se recobró de su arrebato al momento, comprendiendo el daño que había causado a quien tanto le amaba. Y, destrozado moral y físicamente, se arrodilló al lado de ella y la cogió en sus brazos.

—¡Sanda, querida mía, perdóname!… ¿Quieres perdonarme?

¡No sé lo que me pasa! ¡No soy dueño de mí!

Sanda parecía haberse convertido en algo pétreo. No dijo nada, pero, persuasivamente, se desasió del abrazo de él y se levantó. Muda y dolorida en lo más profundo de su alma, salió de la casa sin proferir palabra.

Dario quedó con los nervios destrozados, paseando arriba y abajo a grandes zancadas. Tuvo intenciones de ponerse el traje espacial y correr en pos de Sanda, a pedirle perdón de rodillas. Pero algo semejante al orgullo le contuvo.

Sanda no volvió al día siguiente, ni al otro, ¡ni en varios días! Esta prolongada ausencia la atribuyó Dario a despecho, a resentimiento, y se sintió molesto a su vez. Y por orgullo, más que por lógico y sensato razonamiento, tampoco quiso ir a buscarla él.

Y una semana más tarde, según sus propios cálculos de tiempo, apareció un robot el cual, asomándose a la ventana, le hizo un gesto indicándole que saliera.

«¡Sanda me manda llamar!», se dijo alborozado.

En mucho menos tiempo de lo que se tarda en describirlo, Dario se atavió con la pesada escafandra antirradiactiva, se colocó el casco transparente y salió detrás de robot. Y la primera ojeada al lugar donde los robots y Sanda habían estado trabajando le dejó boquiabierto de puro asombro.

¡Pues allí, sobre cuatro pilares negros, a escasos centímetros del suelo, había una brillante pero pequeña astronave, cuya silueta no le recordaba en nada a las de la Tierra! Era como un doble plato redondeado y tenía grandes tubos de metal por encima y debajo del fuselaje exterior.

Dario se quedó asombrado mirando la obra de Sanda y se preguntó, más de cien veces, cómo y con qué había podido realizarla. Entonces, vio a Sanda, sentada sobre un rústico banquillo, a un lado del extraño aparato. Vio que tenía una pierna doblada y la otra rígida y enfundada en una especie de vendaje o envoltura metálica.

—¿Qué te ha sucedido, Sanda? —preguntó Dario, angustiado.

—Me hice una ligera herida, Dario —respondió ella con gravedad y mirándose la pierna estirada—. Espero que no sea nada. De haber tenido medicamentos, ya me habría curado. ¿Qué te parece lo que hemos hecho?

Sanda, con el brazo extendido, señalaba al aparato, cuyo diámetro no sería mayor de cinco metros y de una altura de dos metros en su parte más ancha.

—¡Verdaderamente asombroso! ¿Y crees que es capaz de surcar el espacio?

—¡Lleva un pequeño motor atómico y funciona por impulsión gravitacional, pero en sentido concéntrico, aunque desarrolla una velocidad de varios millares de kilómetros por segundo!

»Ha sido necesario sacrificar dos robots para utilizar sus mecanismos electrónicos. ¿No es esto lo que querías, Dario?

Estas últimas palabras las pronunció con un acento que encogieron el corazón de Dario. Pues poseían un patetismo impresionante.

—Yo… Sanda… quiero decirte que estoy arrepentido de lo que sucedió el otro día. Quise venir a buscarte, pero…

—¡No sigas, Dario! Te diré que somos muy diferentes el uno del otro. Pertenecemos a mundo distintos… Tal vez haya sido culpa mía, ¡no debí sucumbir a las emociones sensitivas de mi organismo! ¡Ya ves lo que sucedió en un momento de descuido!

»¡No me digas nada! Es mejor así. Anda, toma ese aparato y regresa a tu mundo. Uno de mis servidores mecánicos te explicará su funcionamiento durante el trayecto.

»Te dejaré el ojo magnético para que puedas ayudar a tus compañeros. ¡Ya verás cómo en la Tierra te resulta útil para vencer a tus enemigos! Sólo quiero pedirte que mates a Paal y mi marido sea vengado.

»¡Júrame que exterminarás a esa víbora y esparcirás sus restos por los cuatro mares, para que ni el azar los pueda volver a juntar! ¡¡Júramelo, Dario Cock!!… Yo, a cambio, te doy la libertad…

—¡No pienso dejarte aquí, Sanda! —gritó Dario, recobrando, al fin, su voz—. ¡Tienes que venir conmigo!

—¡No quiero! —exclamó ella, volviendo sus centelleantes ojos hacia el brasileño—. ¡Debo morir aquí y no saber nada más de nadie…! ¡Vete con Karin Vasiev, que de mí ya has recibido bastantes halagos!

—¿Qué tiene que ver esa mujer con nosotros? —preguntó Dario, con un trallazo en la voz.

—Entre nosotros no hay nada —exclamó Sanda—. ¡He sido una

estúpida y nada más! ¡Pero te quise, Dario, y te seguiré queriendo! No se pueden cambiar los impulsos del corazón… Todavía no hemos aprendido a convertir la víscera cardíaca en un cerebro matemático. ¡Ahora, vete, Dario, vete y déjame morir en paz!

Entonces comprendió él cuánto valía aquella mujer extraterrestre, que era capaz de sacrificar toda una vida dedicada al bien del universo.

Dario fue hacia ella y la tomó en sus brazos. Sanda sollozó y las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¡Te quiero, amor mío! —dijo él, con voz ronca.

Ella no contestó; tenía el rostro crispado y un cerco de profundo cansancio rodeaba sus ojos celestiales. Él la vio agitar la boca una y otra vez. Luego, la tomó en brazos y la condujo hacia el navío, sin dejarla hablar, y logró introducirla en el aparato.

Vio un ropaje azul tirado en un rincón, y que había servido para proteger a un robot sacrificado, y lo tomó. Hizo un lío con él y lo colocó bajo la cabeza de la postrada Sanda. También vio, al mismo tiempo, que el ojo magnético de la caja oblonga parpadeaba repetidas veces, tal vez enviándole un mensaje que Dario no supo comprender.

—No te muevas, querida. Voy a la «domo» (vivienda en esperanto) en busca de alimentos y pronto nos iremos de aquí —dijo él.

Ella quiso sonreír muy débilmente, lo que hizo sospechar a Dario que Sanda había debido de efectuar un gran esfuerzo durante la última semana. Pero como no la vio moverse, Dario salió bastante confiado del aparato. Los robots estaban todavía allí, como petrificados, sin dueño que los dirigiera. Sus ridículas figuras azules, con el periscopio sobresaliendo de sus cabezas, les daba un cómico aspecto fantasmal.

¡Y sin embargo, Sanda no podía contar con mejores servidores que aquéllos!

En la «domo» que le sirviera de refugio durante aquellos días encontró y reunió todos los alimentos que ella le había ido enviando. Lo envolvió todo con la clámide de carmesí perteneciente a Sanda y regresó rápidamente al lugar donde estaba el aparato volador.

Le sorprendió ver ahora a los robots cerca de la escotilla de

entrada; y cuando se aproximó, vio a Sanda inclinada hacia afuera y hablando con ellos en su extraño idioma. Luego, intentó, en vano, comprender lo que decía ella.

Le pareció que Sanda tenía el rostro frío, inexpresivo e inmutable. Pero luego se alegró al verla sonreír un poco. Acto seguido, los robots dieron media vuelta y se alejaron uno por cada lado.

—¡Adiós, amigos míos! —Captó ahora Dario en su mente, como cuando Sanda hablaba con él—. Sí, no puedo luchar contra lo imposible… Es torpe hacerlo… ¡Iré contigo y verás que el corazón no lo es todo en una mujer de Xahkla! ¡Tal vez te arrepientas de haberme obligado a esto!

—¿Dónde van tus sirvientes?

—Les he dado libertad a todos. Son máquinas muy perfectas, pero tal vez puedan pensar lo que es libertad. Pobrecillos, me han servido muy bien durante muchos años. Luego se darán cuenta de que sin mí no pueden vivir y terminarán destrozados en algún abismo, o corroídos por los ácidos y óxidos.

»¡Ah, Dario, tómatelo con calma, pero debo darte una mala noticia!… Tus amigos Tyrrel y O'Brien van a ser ejecutados. Han intentado fugarse de la prisión submarina de Tchao-lung, y Paal ha ordenado su muerte inmediata.

—¡Dios del cielo! —exclamó Dario, descompuesto—. ¡Hemos de darnos prisa, Sanda! ¿Crees que este cascajo puede resistir un viaje hasta la Tierra?

—Deberás mantenerte al pairo de las órbitas de Marte, primero, y luego atravesar el campo gravitatorio con toda la energía que disponemos. ¡He calculado la duración de vuelo para tres días, pero… si no lo conseguimos, seguiremos igual que hasta ahora, o peor!

»Pero óyeme, Dario, ¡no me lleves! Voy a ser un estorbo, te ocasionaré molestias e impedimentos que te dificultarán la empresa de salvar a tus amigos. Por otra parte, está Karin Vasiev, que suspira a todas horas por ti; es una gran mujer de tu clase y necesita también tu ayuda… ¡Déjame, Dario! Tienes ahí instrucciones grabadas en cinta magnética, pero puedes llevarte aún un robot que te ayudará. Yo…

—¡Eso jamás, Sanda! Iremos juntos. Moriremos o nos salvaremos juntos —respondió él con terquedad.

—¡Morirás, Dario; estoy segura! —exclamó, al fin, Sanda.

Pero no tuvo valor para revelar su secreto, porque en el fondo era mujer, y aquel fornido terrestre era demasiado hombre para ella. ¡Al no poder seguir hablando, rompió a llorar!

Dario le acarició el rostro y le rogó que le explicara cómo funcionaba el mecanismo de vuelo. Ella procuró serenarse y, entre hipos de congoja, le fue explicando los dispositivos.

Dario estaba inquieto y agitado, pero tenía una gran confianza en sí mismo y en aquella mujer que tan frágil había sido para él. Sin embargo, cuando accionó la llave de contacto e ignición de la cámara de reacción, y una sacudida conmovió al aparato, lanzó un suspiro y se tranquilizó. Miró fuera, a través de la lente de observación telescópica y vio el suelo de Vesta alejándose por debajo de ellos, igual que una cortina de llamas que surgía de las toberas giratorias.

Y también vio a los robots inmóviles, como si sus almas mecánicas presintieran que aquel aparato que ellos habían construido se alejaba con la mujer que les había dado la vida.

—Están ahí abajo, Sanda… Los robots, y parece que quieren despedirse de ti.

Ella, tendida en el suelo, volvió el rostro contra el mamparo metálico, y su cuerpo se estremeció convulsivamente. Dijo, con voz apagada:

—¡Ya está roto todo cuanto me unía a mi mundo, Dario! ¡Dentro de poco moriré yo también e iré a reunirme con los míos a los eternos espacios de Dios…! Veré a Sando, que tan bueno fue para mí ¡y al que he sido tan infiel! —Y su voz se apagó como un soplo de hielo.

Igual que un rayo de fuego, el pequeño platillo surcó el cosmos en dirección a la bola roja de Marte que, allá hacia los confines del Universo, parecía un pequeño disco rodeado de dos diminutos soles brillantes.

¡Pero en el cinturón de asteroides, el silencio de los mundos muertos era absoluto, impresionante, como si todos ellos, pedruscos y moles ingentes, contemplaran el pigmeo metálico salido de Vesta, que se dirigía hacia la eternidad… hacia el más allá!

CAPÍTULO VII

Tal y como Sanda había previsto, la pequeña astronave construida por ella y sus robots dio el resultado adecuado. Y Dario, durante el primer día de viaje, concibió un plan de combate para el desarrollo del cual le era imprescindible ponerse en contacto con ciertas personas de la colonia marciana de Syrtis. Consultó con Sanda y ésta asintió débilmente, sin dar muestras de entusiasmo ni de desagrado.

—Haz como gustes, Dario.

Así pues, se posó en Marte, en la base espacial de «Samoa-2», cuyo comandante conocía Dario. Era de noche, y la luz de la luna blanca de Fobos despedía mágicos destellos sobre el suelo rojizo y abrupto que rodeaba el campo asfaltado, al fondo del cual se levantaban los enormes hangares metálicos de novísima arquitectura.

Casi al momento de posarse al extremo de la pista auxiliar vieron venir hacia ellos un bólido y percibieron a un grupo de soldados y oficiales del Ejército de Exploración Espacial. Por lo que pudiera ser, Dario preparó su pistola automática y abrió la pequeña compuerta, saltando acto seguido al exterior.

—*¿Kiuj vi éstas*?. (¿Quiénes sois?) —oyó Dario que le preguntaban, por medio de un altavoz, en el lenguaje internacional.

—Dario Cock, del Servicio de Exploración Espacial.

Y al mágico conjuro de su nombre, varias siluetas surgieron del bólido, detenido ahora, y corrieron hacia él.

—¡El capitán Cock!... ¿Amigo, de dónde ha sacado usted este aparato? ¿Cómo va el «jaleo» por casita?

—¿Quién es ahora el comandante aquí? —preguntó a su vez Dario—. ¿Está aquí todavía el mayor Herkel?

—Sí, pero ha querido ser neutral en la contienda… ¡De momento! —replicó el oficial.

—Bien, hágame el favor de cuidar de una mujer que traigo dentro de la nave, mientras yo hablo con él. Si necesita ayuda médica, préstensela, por favor.

Dario dejó al oficial y sus hombres con la boca abierta y corrió hacia los edificios centrales de la base. El propio mayor Herkel salió a recibirle minutos después, a medio vestir, pero se alegró mucho de verle, pues le abrazó efusivamente.

En breves palabras, Dario le expuso sus deseos.

—Es muy arriesgado lo que me pides, Cock… ¡La Tierra está en guerra y nosotros queríamos ser neutrales…!

—¡Neutrales, cuando miles de semejantes nuestros mueren cada día porque un loco siente ambiciones de poder! ¡No, Herkel, ésta no es tu mejor postura; tu puesto está junto al general Sutton, luchando en defensa de la libertad!

—¡Está bien, Cock; maldito me vea si no tienes razón! ¡Iré contigo, aunque nos asemos en esa hoguera fratricida! Pero… necesito preparar a la gente.

—De acuerdo, Herkel; cuento contigo.

Y un minuto más tarde, cuando Dario se dirigía de prisa a su pequeña astronave, el mayor Herkel le decía:

—Mañana mismo te seguiremos. Mandaré aviso a las otras bases de Japigia y Eliseo, y, si quieren venir, reuniré más de mil aparatos.

—¡Magnífico, Herkel! Yo prefiero adelantarme a ver si puedo rescatar a Tyrrel y
O'Brien.

Al llegar al platillo volante, Dario se encontró con una dificultad, pues el oficial que había quedado vigilándolo parecía consternado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el mayor Herkel.

—¡Esta mujer, señor… la que trajo el capitán Cock! ¡Hay que enviarla inmediatamente a un hospital!

—¡No, Dario, no! —Sintió que gritaba Sanda dentro de su mente —. ¡No les hagas caso! ¡Déjame seguir contigo!

Dario no comprendía muy bien. Sabía que Sanda estaba enferma, pero en el «Valthur II» podría cuidarse con sus medicamentos. Y agregó en voz alta:

—No se preocupe usted, teniente. Me la llevaré a la Tierra.

—Pero ¿sabe usted cómo está?

—Nada, no insista. ¡Esta mujer pertenece a otro mundo muy diferente al nuestro y usted no puede comprender ciertas cosas! Adiós, Herkel, os espero para el gran combate.

—¡Adiós, Cock, estaremos allí a la hora de la cita!

Dario se metió dentro del aparato. A la débil luz roja del interior vio el demacrado semblante de Sanda, quien le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Eres muy bueno, Dario. Gracias por llevarme contigo.

—No te preocupes, amor mío. ¡Ahora iremos juntos al infierno! ¿Tienes alguna noticia?

—Tyrrel, O'Brien y el piloto americano Green han sido condenados a muerte esta tarde. Anuncian las emisoras de radiotelevisión que serán ejecutados dentro de dos días. ¡Podremos llegar a tiempo! Sé que estoy algo enferma, pero resistiré.

Esta última noticia hizo que Dario preparase los dispositivos de arranque precipitadamente. Al dar media vuelta a la llave de contacto, una vivísima llamarada iluminó todo el contorno de la base marciana de Syrtis, y el platillo tomó impulso hacia el cielo nocturno salpicado de rutilantes estrellas.

Poco después, la cola luminosa del cometa metálico se perdía en el firmamento, hasta desaparecer por completo, o quedó convertido en una minúscula estrella más de vigésima magnitud.

—Suerte, amigo mío —dijo, emocionado, el mayor Herkel.

El teniente que estaba a su lado, también con la mirada perdida en el firmamento, murmuró:

—El sargento médico me lo dijo, mayor… ¡Esa mujer estaba contaminada de radiactividad y no vivirá más de tres días!… Pero ¡diablos, qué bonita es!

—¡Que Dios los proteja a los dos! —terminó el mayor Herkel.

* * *

La prisión submarina de Tchao-lung estaba en silencio. La plataforma de cemento que conducía a las entrañas de la

penitenciaría era barrida por las fragorosas olas. Había una lancha amarrada a las argollas y varios hombres, enfundados en ropas impermeables, se paseaban con nerviosismo, de un lado a otro, por la pulida y pequeña base de cemento.

¡Debajo de ellos, en las entrañas del mar, la cárcel más importante de Oriente albergaba a diez mil prisioneros, tres de los cuales iban a morir aquella misma noche!

Se abrió, al fin, una compuerta y del ascensor neumático salieron varios hombres uniformados. Los que aguardaban, renegando en voz baja de su ingrata labor, presentaron sus credenciales. Casi al instante, otro grupo de hombres salió con los prisioneros.

Y al salir del ascensor, los tres condenados dirigieron la mirada al proceloso mar, en el que vieron un navío que aguardaba con las luces encendidas. En aquel mismo buque, un rayo cósmico les daría muerte.

—¡Vamos, daos prisa! —gritó una voz dura desde la lancha.

Los guardianes empujaron a los tres prisioneros. Nubes de espuma barrían la escalerilla de cemento cuando los tres reos fueron pasados a bordo de la lancha. Se adoptaron las adecuadas precauciones para que ninguno pudiera arrojarse al mar, para lo cual varios guardianes se situaron a sus lados.

Basil recordó una vez más a Dario y, sin saber la causa, mantenía aún dentro de sí una recóndita esperanza. El salitre húmedo del mar azotó sus rostros.

Luego, la lancha surcó las negras aguas hacia el navío que permanecía anclado a media milla.

Y ya estaba la lancha con los prisioneros a mitad de camino entre la prisión sumergida y el navío de guerra, cuando alguien, a bordo, dio la voz de alarma. ¡Un objeto extraño había sido detectado por un radioscopio en la cámara de proa!

Se armó la consiguiente barahúnda, pero las cosas se sucedieron de una forma imprevisible y con tal celeridad que nadie tuvo tiempo de reaccionar con sentido común. Pues… ¡Envuelto en el torbellino de las aguas negras de la noche, a una velocidad fantástica, un cuerpo redondo apareció cerca de la embarcación que conducía a los prisioneros!

Era una especie de doble platillo volante que giraba sobre sí

mismo, manteniéndose apenas inmóvil en el aire al salir del agua, aunque luego, sin transición, arremetió contra la lancha de una forma rauda, pero no demasiado brusca. En su interior, Dario había calculado exactamente la reacción de los guardianes. Y su cálculo y su audacia tuvieron el éxito que merecían.

La embestida en la amura de babor hizo escorar a la lancha lo suficiente, para que Basil, que fue el primero en reaccionar, acometiera al vigilante que tenía más cerca, lanzándolo al agua. Mark hizo otro tanto con dos más, a cabezazos, y cuando la escotilla del aparato de Cock se abrió, se lanzaron hacia ella.

Primero pasó el piloto americano, que fue empujado por Basil, mientras que, valiéndose de los pies, se defendía del ataque de los otros vigilantes que habían caído al agua. Pero Dario intervino a tiempo y su pistola atómica segó el cuerpo de un guardián y de un marinero de la lancha, que pretendían lanzarse sobre los prisioneros.

Mark fue el segundo en subir a bordo del pequeño aparato de Dario, mientras Basil entretenía a los restantes guardianes de la lancha. Sin pensarlo un instante, Dario sacó medio cuerpo fuera de la escotilla y cogió a Basil por un brazo, izándolo sobre el platillo. El brasileño sabía que se estaban acabando los segundos calculados para el ataque por sorpresa y comprendía que el destructor iba a abrir fuego de un momento a otro.

En aquel preciso instante, varias lenguas de fuego surgieron de la cubierta del destructor y una horrísona explosión atronó el ámbito donde se hallaban los aventureros del espacio.

La lancha que había conducido a los prisioneros fue sacudida por un volcán de agua y fuego y desapareció de la vista. Fue una vez más la mujer de Xahkla quien salvó la situación, pues cuando Dario y Basil cayeron dentro de la mojada y revuelta cabina, sin decir una palabra y sacando fuerzas de flaqueza, aferró el acelerador de despegue y cerró al mismo tiempo la compuerta. ¡La nave espacial salió de estampida, antes de que los rayos ígneos de la radiactividad la alcanzasen!

Estalló otra granada sobre ellos, pero Sanda maniobró hábilmente y se sumergió en las aguas, burlando ya todos los disparos que se les hacían ahora con saña demoníaca.

Veinte millas mar adentro, el bólido interplanetario emergió y

ganó altura perdiéndose en el cielo. Dentro, apelotonados unos contra otros, jadeando aún a causa de la reciente y breve lucha, los liberados intentaban quitarse las ligaduras de alambre.

—¡De buena hemos escapado! —suspiró Basil Tyrrel, frotándose las muñecas—. ¡Si tardas un poco más, Dario no lo contamos!

—Sí, Basil; ha sido un poco justo. Pero da las gracias a Sanda. Esta vez, ha sido ella la que os ha salvado la vida.

—¡No, a mí, no; fue él quien ideó el plan sorpresa! ¡A mí me hubiera faltado audacia!

—¿Y qué vamos a emprender ahora, Dario? —preguntó Tyrrel.

—Ya está todo estudiado. Vamos a Mozambique, a recuperar el «Valthur II», que se halla en la base militar de Kilimane. Allí están Paal y Mason. Y también nuestros amigos Schwartz y Karin. ¿Quién es este muchacho? —terminó preguntando Dario, refiriéndose al joven piloto americano.

—¿Bobby Green? ¡Ya le conoces! A su amigo lo mató Mason, en Vesta. Yo te respondo por él. Será un cuarto mosquetero. ¿Eh, Bobby, te unes a la cuadrilla de Dario Cock?

—¡Hasta la muerte, señor! —respondió el joven con decisión.

—El muchacho vale, Dario —agregó Mark—. He hablado con él en la prisión y tiene «madera».

De repente, Dario se dio cuenta de que Sanda estaba muy callada, dirigiendo el aparato. ¡Y la sintió respirar con fuerza, como ahogándose!

—¿Qué te pasa, querida? —La preguntó, inclinándose sobre ella.

A la débil luz roja del interior vio que tenía la boca y los ojos muy abiertos. Su respiración surgía con dificultad y su pecho subía y bajaba con esfuerzo.

—No es nada, Dario… ¡La pierna solamente!

Los cuatro hombres se inclinaron sobre Sanda.

—¿Que le ocurre? —preguntó Basil.

—¡Maldito si lo sé! —rezongó Dario—. Pero creo que pensando en vosotros ha estado demasiado abandonada desde que salimos de Vesta.

Y con rápidas palabras explicó a sus compañeros todo lo que les había sucedido desde que se quedaron solos en el pequeño asteroide.

—Un oficial, en la base de Syrtis, quiso desembarcarla y

conducirla al hospital, pero Sanda se negó. Ni siquiera quiere quitarse esa funda metálica de la pierna para que vea lo que tiene.

—¡No, déjame, Dario! —murmuró ella débilmente—. Esto de ahora ha sido un ligero desvanecimiento. Pero ya pasó… Toma, gobierna tú el aparato, mientras yo trato de descansar un poco.

Se recostó contra el mamparo metálico y miró, con ojos entornados a los cuatro hombres. De su garganta se escapó un jadeo apagado, pero esbozó una triste y encantadora sonrisa.

—Quiero encontrarme pronto en mi navío. Allí podré moverme con más facilidad, y con las armas que poseo podréis derrotar a esos miserables —Hablaba despacio, mientras su mano se movía hacia el ojo magnético y oblongo y presionaba una palanquita. El ojo centelleó de nuevo y el único que prestó atención fue Dario, el cual conocía su significado. Al cabo de un minuto, Sanda habló de nuevo —: ¡Ya se han enterado de tu proeza, Dario! ¡Paal está que rabia y muerde! Va a ordenar un ataque en masa contra las fuerzas del general Sutton para mañana. Dispone de medio millón de cohetes anfibios de pequeño tamaño, los cuales ha equipado con armas atómicas.

—¡Tenemos que darnos prisa para apoderarnos del «Valthur II»! —exclamó Dario.

—Si los cohetes anfibios atacan las fuerzas de Sutton, nuestra causa estará perdida —agregó Tyrrel.

Dario hizo funcionar su cerebro a toda velocidad. Sabía que Sutton tenía ahora su base provisional en Centroamérica.

Por otra parte, Sanda le había informado que Hugh Paal estaba en la base de Kilimane, intentando personalmente sonsacar a Franz Schwartz y Karin Vasiev para poder poner en marcha el navío de Sanda, que era la única que podía hacerlo.

Miró su reloj y vio que eran cerca de las doce de la noche. Calculó que, en menos de media hora, podrían alcanzar las costas de África, pero también tuvo en cuenta que no disponían de armas y éstas eran necesarias para la acción rápida que premeditaban.

—Nos detectarán antes de llegar, Dario —agregó Sanda, que leía su pensamiento—. ¡Y no olvides que Paal sabe que estás aquí! ¡Ha ordenado que toda la flota permanezca en vigilancia! En este momento se dirige a visitar a los dos profesores de Física… ¡Karin Vasiev está muy estropeada! ¡La han maltratado mucho!

Dario se mordió los labios. Pero no respondió. Había llegado el momento de actuar, de precipitar los acontecimientos. «¡Sí, lo mejor es enviar un mensaje cifrado al general Sutton, aunque sea captado por los rebeldes, pues mientras intenten descifrarlo se encontrarán con las bombas encima!».

—¡Inténtalo, Dario! —exclamó Sanda—. ¡Creo que es la única solución! Y ahora contáis con la ayuda del mayor Herkel. Dentro de tres horas, los tendrás aquí. ¡Han forzado la salida de Marte!

Dario miró a sus compañeros y habló en voz alta:

—¡Ya lo tengo, muchachos! Primero tomaremos tierra en Adén y nos haremos con armas para el ataque. ¡Sutton nos ayudará desde el aire y, en la confusión, nos filtraremos en terreno enemigo! ¡Una patrulla de comandos como nosotros puede causar mucho daño!

»Hay que proveerse de granadas atómicas y de fusiles. Luego, que Sutton dé la primera pasada; Herkel, con los refuerzos, los rematará. ¡Y si, mientras tanto, nosotros nos hemos apoderado del "Valthur II", la partida será nuestra! ¡Paal no podrá recobrarse del descalabro!

Al momento, maniobró en su radioemisor de pulsera, conectando a la diminuta batería eléctrica. Todavía no sobrevolaban el mar de Omán, cuando sus mensajes cifrados habían sido ya captados por Sutton y Herkel y su plan estaba siendo examinado por el Estado Mayor del Aire.

¡Pero poco después, al tomar tierra cerca de Adén, un corto mensaje doble contestaba al suyo dando la aprobación! ¡Mientras cientos de aparatos de combate, aéreos y espaciales, se disponían a entablar el combate decisivo…! ¡De vida o muerte para la causa de la Humanidad!

* * *

Ante la moderna ciudad de Adén, cerca de un derruido baluarte que se erguía junto al mar, Dario detuvo la cosmonave; en aquel lugar las olas rompían sobre la suave arena.

—Tú y Bobby —dijo a Mark—, vendréis conmigo. Vamos a dar un paseo por la ciudad. Basil cuidará de Sanda.

Poco después, los tres hombres abandonaban el aparato, deslizándose por la playa a prudente distancia el uno del otro, hasta

que llegaron a una amplia avenida solitaria.

Dario miró a lo largo de ella. A los lejos, vio a varios noctámbulos y un coche bólido, que atravesaba el cruce más próximo. Y en la misma esquina vio lo que buscaba: una pareja de la Policía Militar, la cual paseaba tranquilamente, con su equipo de represión al hombro.

¡Y vio sus relucientes fusiles atómicos colgados en bandolera, y las cápsulas de granadas atómicas y contramotines, colgadas al cinto! Pertenecían al Ejército Regular Árabe de Vigilancia, y en sus brazos llevaban el distintivo del nuevo gobierno.

Se acercó a ellos a buen paso. Cuando se dio cuenta de que nadie le observaba, hizo una seña a Green, que éste comprendió. Luego se acercó a los dos soldados y se encaró con ellos.

—¡Buenas noches, y perdonen que me presente vestido así! —les habló fingiendo nerviosismo—. Pero ¿podrían decirme dónde encontraré un hospital abierto a estas horas? Soy piloto mercante.

Los dos soldados se miraron con gesto interrogador.

—¿Un hospital? —preguntó uno de ellos.

—Sí…, mi esposa… ¡Voy a ser padre de un momento a otro! Mi señora está en el barco y…

—¡Por Dios, hombre! ¿Cómo no ha telefoneado usted?

Dario fingió bien su comedia. Con el rabillo del ojo, vio que Bobby estaba a pocos pasos, y más atrás, Mark apresuraba su aparente paseo.

—¿Un cigarrillo, por favor? He salido del barco sin…

El soldado más joven mordió el anzuelo, porque instintivamente se llevó la mano al bolsillo superior de su traje. Y en aquel preciso instante, el puño de Dario salió disparado como una catapulta, alcanzando al otro en el mentón.

El vigilante echó la cabeza atrás, pero un nuevo y rapidísimo impacto le alcanzó en el vientre. El otro quiso reaccionar, pero Bobby saltó sobre él, cogiéndole por la espalda y un rudo golpe en la cabeza le hizo tambalearse medio inconsciente. Repitió Bobby su golpe, y un segundo después, los dos vigilantes yacían en el suelo sin sentido.

Precipitadamente, fueron despojados de sus armas por Green y Dario. Al mismo tiempo, Mark, desde el otro lado de la avenida, dio la alarma.

—¡Vamos, aprisa, Dario! ¡Nos han visto!

Los tres hombres corrieron con todas sus fuerzas hacia la playa, donde les aguardaban Sanda y Basil, mientras, en el lugar de la lucha, aparecían personas atraídas por los gritos de Mark.

CAPÍTULO VIII

El platillo volador de Sanda siguió la costa africana hacia el sur a una velocidad inimaginable. Asido a los mandos de dirección, Dario observaba la difusa raya de la costa que le era muy familiar, dado sus grandes conocimientos geográficos y aeronáuticos. De cuando en cuando, miraba a Senda, que yacía junto a él, con la cabeza apoyada en sus rodillas.

Cada vez que Dario veía centellear el ojo mágico en el cinturón de la mujer, el corazón le daba un vuelco, porque intuía que las noticias que recibía Sanda no podían ser muy buenas para ellos. Pero en tal incertidumbre prefería más ignorar que preguntarle.

No obstante, Sanda le iba transmitiendo por telepatía:

—El Estado Mayor del Gobierno Revolucionario de Hugh Paal está reunido en Kilimane convertido ahora en fortín y arsenal del Ejército Central… ¡Si no fuera por Karin y Schwartz deberías pedir a Sutton que lo arrasara todo en un ataque sorpresa!… ¡Sí, has pedido que se respete el laboratorio, pues allí estaréis vosotros rescatando a vuestros amigos! ¡Pero Paal puede refugiarse también en el laboratorio!… La orden especial a la flotilla marciana del mayor Herkel decía que el laboratorio es un edificio de color rojo, con un gran jardín a su alrededor… ¡Cerca está el gran hangar que contiene al «Valthur II» inmovilizado, así como a mis robots!…

»¡Bueno, debo decírtelo, Dario! Cuando Mason robó mi nave en Vesta, me alegré. Podía haber hecho que mis robots me devolvieran el "Valthur II" y apresaran a Mason, pero esto habría significado perderte. Así pues, los dejé llegar a la Tierra. ¡Sólo me interesabas tú en aquellos momentos! Pero luego, al verte hundido, destrozado, angustiado y lejano de mí, cuando me rechazaste, cambié de idea y te construí este aparato volador. Luego, cuando termine esta lucha,

te explicará otro motivo importante que influyó en mí para modificar mi pensamiento. Ahora, atiende a los mandos, ¡estoy muy cansada, Dario!

Dario Cock la escuchaba en silencio. Había transmitido las órdenes especiales a Sutton y Herkel y ahora vigilaba la marcha del aparato en el cielo.

Cinco minutos antes de llegar al lugar señalado para tomar tierra, Dario recibió por medio de su reloj radio emisor dos mensajes consecutivos. Uno era de Sutton, dando su posición, y comunicando que entraría en acción a la hora convenida. El otro era del mayor Herkel, comunicando también que se había puesto en contacto con Clark Sutton y actuaría de «escoba» media hora después que los aparatos de Sutton. ¡Todo iba bien!

Sin embargo, nada más terminó Dario de dar el «recibido», cuando sintió una fuerte explosión y el aparato fue sacudido violentamente.

—¡Nos han detectado, Dario! —dijo Sanda—. Es una avanzadilla antiaérea. ¡Has de dirigirte al interior del continente, lejos de la costa!

—Ya ha empezado el «festín» —comentó Basil Tyrrel con ironía, disponiendo el mecanismo de disparo del fusil atómico que Dario le había entregado—. ¡Es una lástima que no tengamos aquí nuestros petos blindados! Pero ya veremos el modo de conseguirnos alguno.

Otra nueva explosión los zarandeó, esta vez más próxima que la anterior, pero Dario maniobró con habilidad, alejándose del peligro a una velocidad alucinante, muy superior a la de las armas antiaéreas, y mayor aún para los lentos cohetes anfibios de Paal.

Con breves palabras, Dario dio ahora instrucciones, a sus compañeros. Todos escucharon en silencio y Dario notó que Bobby Green, al oírle, se ponía a sudar levemente. ¡El caso no era para menos!

¡Porque, contra todo sentido común, lo que Dario pretendía, era, poco más o menos, un suicidio colectivo! ¡Aterrizar en el centro del cuartel general enemigo!

—Sanda no puede hacer gran cosa —dijo Dario—. Por esto, Mark tomará el mando del aparato y, cuando hayamos tocado tierra nosotros tres, ascenderá en el cielo como una bala. ¡Y no te preocupes más de nosotros! ¡Sanda me dirá desde arriba cómo

puedo pilotar el «Valthur I» cuando esté en nuestras manos! Lo demás, lo dejo en manos de Dios… ¡Que Él disponga!

Nadie objetó una palabra.

Minutos después, envueltos en luces multicolores, entre las que los reflectores, las granadas atómicas y los rayos cósmicos luchaban ferozmente por alcanzarles, el platillo y sus ocupantes descendían a una velocidad suicida, lo que dificultaba el blanco de las defensas antiaéreas.

La ciudad estaba sumida en sombras, pero a la luz violeta de las explosiones podían siluetearse bastante los contornos de los edificios.

Dario tenía las manos engarfiadas en los controles de descenso y no apartaba la mirada del altímetro, rogando a cuanto de rogar se puede, para que no fallase la caída, pues, desde más de doce mil metros de altitud, un error sería catastrófico. Pensaba aminorar a partir de los cien metros hasta cero, y luego frenar en seco a nivel del suelo. Sanda le había dicho que el aparato resistiría, pero él no estaba muy seguro.

En el vertiginoso descenso las granadas estallaban siempre altas, pues velocidad semejante no había sido concebida por nadie, excepto por aquel loco aventurero.

El altímetro descendía también raudo, y de pronto, llegó a ciento. Dario actuó simultáneamente, pero la sacudida que recibieron todos fue más que brutal en los últimos cien metros, hasta el cero absoluto. Todos ellos, excepto Dario, que permaneció pegado en su puesto como una lapa, fueron lanzados hacia el bajo techo del navío. A continuación actuó el amortiguador y el aparato se posó, ladeado, en el suelo, volviendo todos sus ocupantes a la posición inicial, aunque en confuso montón.

Sin vacilar ni un segundo, Dario maniobró para abrir la escotilla y gritó:

—¡Venga, Mark, toma el mando! ¡Vosotros, fuera conmigo!

De un salto casi simultáneo, Dario Cock, Basil Tyrrel y Bobby Green se lanzaron fuera y echaron a correr. Dario vio varios reflectores que recorrían el suelo en busca de ellos. Se encontraban junto a una cinta metálica, próxima a un alto muro. A su izquierda había una alambrada de afiladas púas.

Dario no tardó ni un segundo en orientarse. Y cuando vio el foco

de luz caer sobre ellos, ordenó tenderse en el suelo.

El foco de luz dio también sobre el platillo volador. Pero en aquel mismo instante, éste soltaba varias rojas llamaradas por las toberas circulares y ascendía hacia el negro cielo como una centella.

Todo había sido tan rápido que nadie había tenido tiempo de reaccionar, no así Dario y sus compañeros, los cuales actuaron con apresuramiento, hurtándose a ras del suelo de los focos antes de que empezaran a vomitar fuego las ametralladoras instaladas sobre el muro.

—¡Vamos rápidos hacia allí! ¡Hemos de cruzar esa alambrada y el mejor camino creo que es por la puerta!

También se dio cuenta de otra cosa. Los reflectores no les alumbraban ya a ellos, sino que ascendían hacia el cielo en pos del extraño objeto volador. Al momento volvieron a tronar los antiaéreos.

Sin perder ni un segundo, echaron a correr los tres por la cinta metálica hacia donde suponían que se hallaba la entrada de aquel reducto alambrado. Y la luz súbita de las granadas atómicas en el cielo, Dario descubrió, pues iba en cabeza, dos cosas importantes: primero, que dentro del recinto alambrado, a menos de media milla, se hallaba el laboratorio rojo que buscaban. ¡Y segundo, que en aquel mismo instante les había descubierto un centinela!

Y Dario, a todo correr, dispuesto a no hacer uso de la pistola que empuñaba, excepto en último extremo, se aproximó al centinela que estaba preparando su fusil.

Dario se dijo que era un soldado bisoño, por dos motivos: no tenía el arma preparada, dada la alarma reinante, y en su nerviosismo se habían olvidado de gritar la señal de ataque. Y esto fue una lástima para él, pues Dario obraba siempre a una velocidad rayana en lo increíble.

Y cuando el dedo del soldado se crispaba sobre el disparador, algo así como una pantera humana, según creyó, se abatió sobre él y de un violento zarpazo le arrancó el arma de las manos, sumiéndole también en un profundo y dulce sueño a causa de otro golpe en la mandíbula.

Jamás pegó Dario con tanta saña como en aquella ocasión. E incluso sintió crujir contra sus acerados nudillos el maxilar del centinela imprevisor.

Luego, Dario ejecutó una prueba que deseaba realizar desde que descubriera la alambrada. Tomó el cuerpo del desvanecido soldado y lo levantó en vilo sobre su cabeza para terminar arrojándolo contra los espinos de la alambrada. Pero cuando el desgraciado entró en contacto con las erizadas púas, su cuerpo fue sacudido por una horrorosa descarga eléctrica, quedando carbonizado en el acto. Los tres aventureros fueron deslumbrados por el impresionante chispazo azul.

¡La alambrada estaba conectada a un circuito de alto voltaje! Y además produjo la consiguiente alarma, pues al momento se escucharon silbatos y el ulular de varias sirenas.

—¡Ya nos han descubierto, Dario! ¡Ahora, nuestras vidas valen menos que un centavo! —gritó Bobby, detrás de Dario.

El aludido sonrió, porque aquellas palabras traducían el estado de ánimo del joven piloto. Pero los acontecimientos no habían hecho más que precipitarse.

—Voy a lanzar una granada contra la alambrada, a ver si conseguimos una brecha. Luego, corred y pasad por encima de las llamas, teniendo en cuenta que una décima de segundo detenidos sobre las emanaciones radiactivas será nuestra muerte. ¡Correr es poco, hay que volar sin tocar con los pies en el suelo! ¡Os aconsejo que este muro os sirva de apoyo para tomar impulso y saltar! ¡Echaos a tierra, allá va!

Y, uniendo la acción a la palabra, con toda la fuerza de su brazo, lanzó una pequeña granada atómica, a la que previamente había despojado de su envoltura de plomo. La bola infernal recorrió un trayecto de más de veinte metros hacia la alambrada, en el mismo momento en que un grupo de soldados corría hacia la alambrada desde la parte interior.

Los tres intrépidos aventureros se echaron al suelo. Y, al momento, una horrísona explosión conmovió el ámbito. La fuerza expansiva casi arrancó a Dario del suelo, pues era él quien protegía a sus compañeros. Pero cuando pasó un segundo, y ascendía hacia el cielo el hongo de humo rojo, se incorporó y, aún zumbándole los oídos a causa del estruendo, salió corriendo como alma perseguida por el diablo, hacia el lugar donde habían desaparecido patrulla y alambrada.

Detrás de él, con idéntica celeridad, corrieron sus dos amigos,

los cuales, en un abrir y cerrar de ojos, alcanzaron la brecha y saltaron como galgos sobre el boquete practicado en el suelo, de más de tres metros de anchura.

Dario lo cruzó de un salto, pero Bobby se vio obligado a bordearlo, sintiendo arder sus zapatos en las décimas de segundo que trotaron sus pies sobre aquel volcán contaminado. ¡Pero pasaron como exhalaciones y corrieron hacia el rojo edificio!

Desde una torreta dispararon contra ellos con armas automáticas de rayo simple. Mas, esquivando y volando en zigzag, Dario disparó también un fogonazo anaranjado y cesaron de disparar.

—¡Allí, hacia la puerta principal! —gritó Dario.

Vio más siluetas correr delante de él y rayos de luz surgieron de distintas armas. Pero en esta ocasión fue el fusil de Tyrrel quien segó aquellos cuerpos, echándose al suelo, como Dario y Bobby, y disparando al mismo tiempo.

Los cuerpos se doblaron, segados por la muerte, y sus gritos se confundieron con el de las lejanas explosiones. Se oyeron voces de mando, gritos, imprecaciones, blasfemias; y por encima de aquella barahúnda indescriptible, Dario Cock, arrimándose a un seto, reptando, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Rendíos ante el explorador Dario Cock!

Aquel nombre había sonado en cientos de combates y Dario conocía el efecto que producía. Por ello, no quiso desaprovechar la ocasión de gritar estentóreamente, confiando provocar cierta indecisión.

Pero, además de fanfarronear, Dario sabía actuar. Y esto fue lo que hizo a continuación, poniéndose en pie y echando a correr hacia el edificio rojo. Su pistola volvió a destellar, dirigida al soportal, donde, en una rampa inclinada, se parapetaba un grupo de hombres con los fusiles a punto.

No obstante, el nombre de Dario Cock debió hacer alguna mella en aquellos hombres, porque ninguno disparó.

Dario, sin vacilar, saltó a la rampa, viendo, al mismo tiempo, a Tyrrel y Green correr hacia el otro extremo de la gran portalada, donde un grupo de oficiales increpaba a la desorientada tropa.

Hacia ellos dirigió Tyrrel el cañón de su fusil, lanzándoles varios disparos radiactivos, que los dispersaron en el acto, excepto los que fueron disgregados inmediatamente.

Al final de la rampa, Dario penetró en el edificio por una puerta angosta. Atravesó una sala y se dirigió a la escalera posterior. Allí, al pie de la escalera, halló a un soldado que se le quedó mirando con ojos desorbitados. Una luz blanca descendía del techo y la expresión de terror y asombro que vio Dario pintadas en el semblante del soldado le impidió disparar sobre él, toda vez que el acobardado sujeto dejó caer el fusil que empuñaba y levantó las manos.

Dario le encañonó, preguntándole en tono tajante:

—¿Dónde está el gran traidor de Paal?

—¡No lo sé… no lo sé, señor! —tartamudeó el muchacho despavorido—. ¡Creo que está arriba… en la sala de juntas del laboratorio…! ¡Arriba, en el último piso!

—¡Guíame hasta allí o te dejo clavado en el sitio!

El empellón que le dio Dario fue suficiente para que el soldado corriera escaleras arriba como un azogado. Pero Dario no iba confiado ni mucho menos, porque en cada recodo de la escalera se protegía tras el cuerpo del soldado y atenazaba su arma dispuesto a disparar.

De este modo salvó la vida una vez más, pues desde el piso superior, cuando ya habían dado dos vueltas a la escalera, alguien disparó contra ellos con una pistola atómica. El rayo hizo saltar chispas en el suelo delante de Dario. El soldado se echó a un lado y quiso retroceder, pero Dario, disparando al mismo tiempo hacia arriba, gritó:

—¡Quieto, cobarde!

Un alarido sonó por encima de ellos y un cuerpo encendido rebotó y cayó por la escalera.

—¡Sigue hacia arriba, aprisa! —agregó Dario, empujando con violencia a su tembloroso y cadavérico guía.

Volvieron a subir, esquivando el cuerpo humeante del oficial de Estado Mayor que yacía muerto en un rincón del rellano. Pasaron junto a él sin hacerle caso y entonces el soldado señaló a la puerta que permanecía entornada ante ellos.

—Por ahí se va a la gran sala.

—¡Pasa tú delante! —rugió Dario.

—¡No! —chilló el otro—. ¡Prefiero que me mate antes! ¡Pueden estar los jefes ahí dentro y…!

Dario comprendió y lo apartó a un lado. Desenvolvió otra pequeña granada de envoltura de plomo y la graduó para efecto reducido, confiando no echar abajo todo el edificio. Y con una serenidad que dejó estupefacto al infeliz soldado adelantó el brazo y lanzó el explosivo dentro de la habitación.

Una horrísona explosión apagó varios aullidos y exclamaciones que habían tenido lugar al mismo tiempo que la explosión. Y pese a la fuerza expansiva, que arrancó la puerta de cuajo y por cuyo boquete salió una llamarada espantosa, Dario, pegado al suelo, junto al soldado, se puso en pie de un brinco y penetró en la sala como un huracán.

El cuadro allí dentro era fantástico, porque, además de una gran brecha en el suelo que comunicaba con el piso inferior, varios cadáveres medio destrozados se veían aplastados contra los resquebrajados muros. Los muebles, reventados y ardiendo, y algunos muros hendidos.

Ya no vio más porque percibió a alguien corriendo al otro lado, por una amplia escalinata, y una puerta, medio desencajada de sus goznes, la cual intentaba ser cerrada por tres hombres encajonados en un ascensor. La pistola de Cock volvió a enviar su rayo de muerte contra ellos, y los tres quedaron retorciéndose en el interior de la inmóvil y deteriorada jaula.

Tras esto, Dario corrió hacia la escalinata, sorteando muebles y objetos, así como la gran brecha del suelo. Sintió que el piso vacilaba bajo sus pies, pero alcanzó ileso la escalera, corriendo por ella como un gamo, saltando los peldaños de tres en tres, con la más viva inquietud reflejada en el rostro.

Y en aquel momento, en su cerebro, sintió la influencia telepática de alguien que le advertía desde muchos miles de kilómetros de altura: ¡Sanda le orientaba, al fin!

—¡Ahí, detrás de esa puerta está Paal y tu… digo, Karin y el profesor Schwartz! ¡Todavía tienes tiempo! ¡El traidor te espera!… Tiene dos generales a su lado y están detrás de una máquina eléctrica con la que intentan torturar y hacer perder la voluntad a los ¡Nooo, no entres aún! Espera un minuto, pues los «halcones» del general Sutton están a punto de entrar en acción… El gran bombardeo los distraerá y podrás sorprenderlos.

Dario Cock dio gracias al cielo por aquella providencial ayuda y

se arrimó a la puerta, cuya parte superior estaba cubierta por una cristalera de colores. Empuñaba la pistola atómica férreamente y tenía los labios apretados, hasta el punto de hacerse sangre con los dientes.

Atisbaba a lo largo del ancho pasillo que mostraba puertas más pequeñas en ambos sentidos. Y de paso iba murmurando:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Se adosó materialmente al muro y sintió latirle el corazón al pensar en Karin y en los malos tratos que le había hecho sufrir el traidor Paal, ¡mil veces asesino y criminal! Creía estar viendo a Karin destrozada, como aquellos cuerpos que dejó atrás, en la gran sala.

—¡Ya sé que la quieres, Dario! —Percibió que le transmitía Sanda desde su platillo volador—. ¡Nunca has conseguido engañarme! Ahora, ve a salvarla y… ¡que seáis muy felices los dos! ¡Cuidado!…

No hubo necesidad de aviso, porque Cock estaba atento, vigilando el pasillo. Y tal vigilancia le permitió ver una sombra que se proyectaba en el suelo al abrirse una puerta en silencio, algo más allá de la de colores, tras la que estaba Paal.

Primero apareció el cañón de un arma y luego una mano. Pero Dario disparó primero y su puntería fue certera, alcanzando al hombre vestido de oficial, que escapaba subrepticiamente por aquella puerta.

El hombre cayó, doblándose por la cintura, sin lanzar ni una queja, para quedar tendido en tierra, muerto.

Y en aquel mismo instante, cuando Dario contemplaba con gesto torvo a su víctima, todo el edificio pareció temblar como sacudido por un violento terremoto, a la vez que el cielo se llenaba de un ruido atronador.

—¡Sutton! —gritó Cock—. ¡Ahora sabrán estos miserables lo que es un bombardeo atómico!

—¡Venga, adentro, Dario! —le ordenó Sanda a través del espacio —. En este momento están de espaldas, mirando por la ventana.

Y cuando Dario abrió la puerta de una violenta patada, rompiendo todos los cristales que el temblor de las explosiones no lejanas hacía vibrar intensamente, lo primero que se encontró fue… ¡con la propia Karin Vasiev que huía hacia la puerta, a su

encuentro, aterrorizada!

Hugh Paal y dos generales de rutilantes uniformes se volvieron de pronto, empuñando sus armas. Pues la irrupción de Dario en la estancia la esperaban ya desde hacía rato.

—¡Dario Cock! —exclamaron Karin y Schwartz al mismo tiempo, este último levantándose de la silla en que había estado sentado.

Y la muchacha rusa, en su inconsciencia provocada por la tensión nerviosa sufrida, se aferró al cuello del recién llegado, imposibilitándole el movimiento en el momento en que Dario más necesidad tenía de soltura para poder actuar con rapidez.

—¡Dario, mi vida!… ¡Oh, gracias, Señor! —exclamó ella.

En el mismo instante, sin que Dario pudiera apartar a tiempo a la joven rusa, las armas que empuñaban los dos generales chispearon fulminantes.

¡Y sus rayos mortíferos iban dirigidos hacia Karin y Dario, sin que nada ni nadie pudiera salvarles ahora!… ¡Había llegado el momento de morir, y Dario, que lo vio, sólo tuvo tiempo de cerrar los ojos!

CAPÍTULO IX

El que es traidor lo es y lo será siempre, porque la traición es una maldad congénita y aborrecible que sobrepasa en mucho cualquier tipo de horrendo delito. Y no cabe el arrepentimiento del traidor, pues esto sólo ocurre en raras y contadas ocasiones, ya que la excepción confirma la regla.

Y Mason era doblemente traidor, puesto que lo llevaba en la sangre y lo había heredado de sus antepasados, como en aquella ocasión demostró cumplidamente.

Al escuchar la voz de Dario Cock intimidando a la guardia personal de Hugh Paal a rendirse, sintió que el miedo se apoderaba de su alma negra y corrompida, puesto que sabía que el explorador espacial era duro e inflexible. Además, intuía que la causa de Paal estaba casi perdida, y, sin detenerse a pensarlo mucho, decidió pasarse al enemigo.

Se hallaba en el «*hall*» del edificio rojo que servía de laboratorio al Ejército Central y acababa de regresar del «Valthur II», encerrado en el enorme hangar cercano, donde más de cien físicos intentaban en vano poner en funcionamiento a los robots paralizados por Sanda.

Los soldados y oficiales del Estado Mayor corrían en torno a Mason en todas direcciones, desorientados, y el viejo malvado pensó que, al lado de Cock, podría conservar la vida. De modo que se protegió detrás de una columna metálica y en cuanto vio aparecer a Tyrrel, hecho un furioso Aquiles, lo llamó:

—¡Eh, señor Tyrrel! ¡Venga aquí!… Soy Masón y quiero hacerle un favor. ¡Estoy arrepentido y aún hay tiempo para enmendar los errores cometidos!

Basil estuvo a punto de matarle, sorprendido y asqueado, porque

su dedo se crispó sobre el disparador del fusil. Pero pensó que tal vez Mason les podría ser útil. Entonces se acercó a él, asegurándose previamente de que el viejo no empuñaba ningún arma.

—¡Maldito vejestorio! —rugió Basil—. ¡No sé por qué no te mato aquí mismo! ¿Dónde está Paal?

—Arriba, en el laboratorio. Pero no podrá subir hasta allí. ¡Hay más de cien oficiales de Estado Mayor custodiándole! ¡Venga usted conmigo, tal vez consigamos poner en marcha el cohete azul! Si Sanda nos ayuda podremos reventar el hangar y remontarnos hasta la azotea del laboratorio… ¡Sabemos que Dario ha regresado de Vesta con Sanda, y ella es omnipotente! ¿Dónde está ella?

—No lo sé, Mason.

—¿Y Cock? ¡Le he oído gritar!

—Tampoco lo sé… ¡Tal vez haya caído ahí atrás! —Y volviéndose hacia la puerta, sacudido por una súbita inquietud, gritó a Bobby Green, el cual disparaba parapetado detrás de una de las columnas—: ¡Bobby, ven acá! ¿Dónde está Dario?

Bobby tampoco lo sabía. Pero no podían perder tiempo. Y en aquel momento, Basil sintió como un mareo. ¡Acto seguido, la voz de Sanda repercutió en su mente!

—¡Tyrrel, sigue a Mason y recupera el «Valthur II»! ¡Dentro de poco os hará mucha falta!

Siguió a Green y a Mason, el cual los condujo por un pasillo, y a través de las cuales pudieron ver el cielo surcado por miles de reflectores que buscaban en la noche el misterioso cohete atacante.

Grupos de soldados armados hasta los dientes corrían entre los setos y por las alamedas en todas direcciones y las órdenes surgían contradictorias de todas partes.

Al llegar a un recodo del pasillo, se encontraron con varios soldados acantonados junto a una escalera, idéntica a la que en el otro sector del edificio estaba ascendiendo en aquel momento Dario Cock.

Pero Mason les hizo un gesto rápido y depusieron las armas, al reconocerle. Sólo al ver a los dos exploradores sospecharon algo, pero Basil y Bobby no les dejaron recuperarse de su asombro. ¡Apretando los labios, dispararon los dos al mismo tiempo en abanico y los barrieron a todos!

—¡Dios mío! —murmuró Mason palideciendo. Por un momento

había creído que Tyrrel iba a disparar también sobre él y sintió el más obyecto terror cosquilleándole en la médula espinal. Y agregó tartamudeando—: Por… por aquí… ¡Síganme!

Se dirigió a la puerta que comunicaba con la rampa exterior. Su tartamudeo cesó en el acto, porque Bobby le cogió del brazo, diciéndole:

—¡No nos haga una jugarreta, viejo, o tendrá que arrepentirse!

—¡No, no, se lo juro! ¡Tengan confianza en mí!

Y a todo correr, siguiendo la rampa y un camino metálico que transcurría entre setos y rectángulos de césped verde, les guió hasta la puerta del gran edificio alargado, ante la cual un grupo de hombres vestidos de paisano pugnaban por escapar, pero varios centinelas armados se lo impedían.

—¿Qué sucede, Mason? —preguntó un oficial que empujaba a los hombres de paisano hacia dentro del hangar.

—¡No lo sé, capitán Harro! ¡Hay un gran jaleo y no se entiende a nadie! —Mason se volvió a Tyrrel y Green y les dijo—: Vengan por aquí, señores.

—¿Eh, quiénes son éstos? —preguntó ahora el oficial.

—¡Son del servicio de espionaje del Presidente Paal! —contestó rápidamente Mason.

—Bueno, que pasen, si quieren. Pero les advierto que de aquí no saldrá nadie, excepto usted, Mason, hasta que pueda ponerme en contacto con el comandante de la guardia del Presidente… ¡Atrás, demonios! —Y al decir esto, Harro arremetía contra los científicos que pugnaban por salir del hangar violentando a la guardia.

Tyrrel y Green siguieron a Mason, quien se abrió paso a codazos hacia el interior del hangar, y entonces pudieron ver el «Valthur II» posado sobre una interminable fila de plataformas de ferrocarril.

Corrieron a lo largo de su enorme fuselaje alargado hasta el lugar donde un andamio conducía a la escalerilla metálica de la compuerta abierta. Y no tardaron mucho en encontrarse en el interior del vehículo extragaláctico.

Tyrrel y Green vieron a los robots, enfundados en sus ropones azules, inmóviles por los pasillos, como si la muerte hubiera caído de súbito sobre todos ellos.

Mason sabía que estaban así desde que regresaron de Vesta y aún no había legrado adivinar qué fuerza oculta y misteriosa los

mantenía tan estáticos. Muchos de ellos habían sido despojados de sus fundas y desmontados por los científicos de Paal, pero nada ni nadie había sido capaz de ponerlos en marcha.

Pero Mason, Karin, Vasiev y el profesor Schwartz ignoraban que, gracias a los robots, habían podido regresar a la Tierra llevando a Tyrrel, O'Brien y Green prisioneros. ¡Sanda había respetado sus vidas e inmovilizado a sus servidores una vez terminado el viaje por simples motivos sentimentales!

Y lo más asombroso del caso fue que nada más llegar al interior del navío los tres hombres, Mason Tyrrel y O'Brien, cuando, con la mayor sorpresa, vieron que varios robots se movían y se incorporaban, como despertando de un largo sueño.

Mason cayó de rodillas al ver aquello, temblando como un azogado, porque en aquel súbito movimiento de los robots veía él la mano misteriosa de una justiciera venganza.

—¡Sanda, perdóname…, perdóname! —gimió.

—¡Levántate, miserable! —le gritó Tyrrel, empujándole con el cañón de su fusil.

Pero Mason, temblando, no se levantó. Y entonces ocurrió algo verdaderamente espeluznante, sin que Basil ni Bobby tuvieran tiempo de evitarlo. ¡Y fue que uno de los robots se puso en movimiento y se acercó a ellos con ademanes mecánicos! Mason lo vio acercarse y juntó las manos en ademán suplicante.

—¡No, no quiero morir! ¡Perdón, Sanda, perdón!

Mas no le sirvió de nada arrastrarse, porque el robot, obedeciendo una orden inflexible que provenía del platillo volador en algún lugar del cielo, levantó su mano sobre la cabeza gris del traidor. ¡Y de repente la dejó caer con un violento golpe!

El cráneo de Mason se abrió como una granada y partículas de su cerebro salpicaron las ropas de los dos hombres, los cuales volvieron el rostro para no presenciar aquella horrible pero justa muerte.

—¡Así acaban los traidores! —dijo Tyrrel con voz ronca.

Luego, en el interior de la astronave se produjo una actividad febril. Los robots indicaron el camino a los dos jóvenes hacia la sala

de dirección de vuelo. Mientras, los embozados personajes metálicos ocupaban sus puestos, para poner en movimiento el enorme cohete espacial.

En menos de tres minutos, precisamente en el instante en que Dario Cock lanzaba su última granada dentro de la sala de reuniones del laboratorio, el enorme huso azul se puso en movimiento dentro del hangar. Las pantallas televisoras dentro de la sala de dirección de vuelo mostraron a Tyrrel y a Bobby la indescriptible confusión que motivó el movimiento del «Valthur II» entre los científicos y guardias que se apelotonaban ante la entrada del hangar.

En aquel mismo instante, Tyrrel recibió instrucciones telepáticas de Sanda. ¡Pero notó que llegaban muy débiles a su cerebro, como procedentes de una voz cansada!

—¡Acude en ayuda de Dario, Tyrrel! ¡Presiento que está en un grave apuro! Prepara la caja negra que hay al fondo, debajo de los relojes de comprobación. ¡Da sólo una vuelta a la derecha y pulsa los disparadores! ¡Las granadas antigravitacionales paralizarán todo movimiento mecánico desde el suelo hasta por encima del edificio! ¡Vamos, actúa rápido!

Otras pantallas mostraban a Green el movimiento acelerado de los robots disponiéndose a ejecutar las órdenes que recibían de su ama y señora. En aquel preciso momento, el «Valthur II» iniciaba una lenta marcha ascendente y hacia delante, rompiendo el techo del hangar. Los científicos y vigilantes del capitán Harro huyeron despavoridos, atropellándose y arrojando las armas.

Al mismo tiempo, de las ranuras abiertas para el combate surgieron los negros hocicos metálicos de los cañones antigravitacionales. Y cuando Tyrrel, siguiendo las instrucciones de Sanda, pulsó los mandos de la caja negra, las granadas no tardaron en salir y estallar en el aire en torno al edificio rojo.

En el mismo instante, más de quinientas astronaves a reacción se abatieron sobre la desembocadura del río Lupata, bombardeando intensamente todas las instalaciones militares de Kilimane, en especial la ingente concentración de cohetes anfibios que, cual enjambre metálico, se posaban sobre las inquietas aguas del litoral de Mozambique.

El cielo se convirtió en un infierno en llamas, la tierra ardió, y

las explosiones atómicas retumbaban destruyéndolo todo y segando miles de vidas a la vez. Después, llegaron más «halcones de iridio», de las escuadrillas del general Sutton, y otras, en oleadas fantásticas, las cuales sólo dejaban libre el sector marcado por el edificio rojo del laboratorio.

Bobby Green y Basil Tyrrel recibieren órdenes de Sanda, a fin de situar el «Valthur II» en la parte alta y posterior del edificio ocupado por el laboratorio. Y nada más el huso azul salió del hangar, se situó sobre el edificio, enfilando la proa hacia las ventanas de la sala donde estaba Paal y los dos generales.

¡Y tanto Tyrrel como Green, al ver la escena que tenía lugar allí dentro, abrieron los ojos ante la pantalla televisora, mudos de pánico!

¡Porque las pistolas atómicas que empuñaban los dos generales de Hugh Paal disparaban ya contra las figuras de Karin y Dario, que se hallaban abrazados ante la puerta de entrada!

Fueron muchos los cerebros que quedaron paralizados a causa de la impresión que les produjo el presenciar aquel momento decisivo. Y Dario Cock, el más interesado, había cerrado los ojos instintivamente. Karin, sin saber lo que iba a suceder, se había desmayado en brazos de Dario, y Franz Schwartz creyó que había llegado el último instante de su colega femenina y del famoso explorador.

¡Así lo creyeron también Hugh Paal y sus dos colaboradores!

Franz Schwartz, sin embargo, enarboló una silla sobre su cabeza, para arrojársela a sus opresores.

¡Y Sanda, allí arriba, más de doce mil metros de altura, junto al nervioso Mark
O'Brien,
que fumaba y fumaba lanzando grandes bocanadas de humo que invadía la cabina, crispadas las manos sobre el control de vuelo, lanzó un rápido mensaje telepático, acelerando la acción «antigravitación»!

Tanto Basil Tyrrel, como Bobby Green y los propios generales rebeldes, fueron testigos de algo tan sorprendente que les dejó mudos para bastante rato. ¡A los últimos, para siempre!

Todos vieron surgir el destello mortal de las pistolas… ¡Y vieron también que la fatal carga atómica se detenía en el aire, a pocas

pulgadas de la espalda de Karin Vasiev, que seguía inerte en los brazos de un Dario Cock resignado a morir! ¡Y hasta la silla que Franz Schwartz arrojaba en aquel momento quedaba suspendida, de repente, en el aire!

* * *

Fue Dario Cock el primero en reaccionar.

Abrió los ojos, comprendió en el acto y apartó a Karin de un empujón. Disparó su pistola, pero el rayo mortal tampoco partió. Paal lanzó un grito agudo, de rata acobardada, pues en realidad era un perfecto gallina, y dio media vuelta para refugiarse en el laboratorio, donde centelleaba una gran pila eléctrica, no afectada por la antigravitación, cuyos fenómenos desconocían todos.

Uno de los generales, bastante joven, por cierto, como era de esperar en un ejército revolucionario, intentó hacer frente a la agresión de Dario. Pero en cuanto llegaron a las manos se vio volteado aparatosamente. Luego, el enfurecido Dario propinó al general un fortísimo derechazo que lo lanzó de espaldas contra la ventana.

En aquel momento, Franz Schwartz, a pesar de su edad, y viendo el sesgo que tomaban los acontecimientos, recordó las injurias y vejaciones recibidas de Paal y su gente, y se lanzó en pos del traidor, al que aferró por la capa antes de que pudiera atravesar una pequeña puerta. El australiano se revolvió y ambos rodaron por el suelo.

Cuando Dario dejó al general fuera de combate se dio cuenta de algo sorprendente: ¡La afilada proa metálica del cohete espacial había enfilado a la ventana y avanzaba lenta pero inexorablemente! El suelo del piso se abrió y todos los aparatos que ocupaban la estancia temblaron como sacudidos por un ciclón.

Dario buscó a Paal y lo vio incorporarse y volver el rostro, aterrorizado. Schwartz yacía en el suelo inmóvil. Y Dario observó tal espanto en el rostro del miserable asesino que estuvo a punto de echarse a reír. El ex agente australiano, traidor a Sanda y traidor a la humanidad, ¡traidor a sí mismo, incluso!, retrocedió. Y, al caminar de espaldas, se fue acercando al gran arco voltaico de alta tensión. Se llevó las manos al rostro, como para no ver la mirada

hipnótica de Dario, y retrocedió un paso más.

Dario no tuvo tiempo de impedir su muerte, pues cuando intentaba sujetarle, el muro terminó de hundirse, y su primer pensamiento fue para la desvanecida Karin.

Por eso, mientras la tomaba en brazos, no pudo presenciar la espantosa muerte del Gran Traidor, como Dario acertó a llamarle poco antes. ¡Paal, al retroceder, fue a chocar con el enorme arco voltaico!

¡El cuerpo de Hugh Paal desapareció en un cegador fogonazo y miríadas de chispas salieron despedidas en todas direcciones, quedando suspendidas y apagadas a los pocos segundos! ¡Luego hubo una explosión sorda, que apenas fue audible, dada la indescriptible barahúnda del terrorífico bombardeo exterior! ¡La vida de aquel sujeto maléfico quedó segada definitivamente, muriendo con él su desmedida ambición de haber querido empuñar las riendas de todos los gobiernos del sistema, los cuales gozaban, desde hacía años, de un período de paz y tranquilidad como ningún profeta había sido capaz de soñar!

Franz Schwartz, desde el suelo, vio morir a Paal y sintió tal lasitud en su cuerpo que, de no haber sido ayudado por Dario, no habría sido capaz de levantarse.

Y hasta media hora después, a bordo del «Valthur II», el vapuleado profesor alemán no consiguió recuperarse.

Al derrumbarse el muro, Dario había recibido unas rápidas instrucciones de Sanda.

—¡Dentro de mi nave están tus amigos, que vienen a rescatarte! ¡Salta a la cubierta, por entre los cascotes del laboratorio derruido, y penetra en el «Valthur II»! ¡Date prisa, por el amor de Dios, Dario…, yo ya no puedo más… voy a morir pronto!

Cock quedó paralizado ante el temor de que Sanda muriese. Entonces recordó la funda metálica de la pierna de ella.

—¡Vamos rápido, profesor! —gritó.

Pero inconscientemente, el alemán se había inclinado a recoger su «Tomasín», que había caído al suelo desde la mesa donde lo dejara Paal poco antes, y siguió a Dario.

Tyrrel, a su vez, había hecho abrir la compuerta, por orden de Sanda, y tendido una escala metálica hasta el edificio en ruinas. Y Dario, Karin y el profesor pudieron subir a bordo.

¿Cómo consiguieron hacerlo? ¡Ni el propio Dario pudo explicárselo, pues se vio andando sobre el vacío, como aquella otra ocasión, cuando salió del «Delta-5»! ¡Debajo, a la luz de los incendios, vio grupos de soldados que huían alocados en todas direcciones!

El suelo resquebrajado del laboratorio y el vacío entre el muro y el navío parecían igual bajo los pies de Dario Cock. ¡Eran los mismos otra vez, los que efectuaban el singular paseo: él, Karin y Schwartz, este último caminando como un autómata!

Al fin penetraron en el navío y fueron cerradas las escotillas. Dario vio a Basil Tyrrel y a Bobby Green que corrían hacia ellos con los brazos extendidos. Cerró los ojos, aflojó la tensión tanto tiempo concentrada para la lucha, y, al caer derrengado en el suelo, su último pensamiento fue para la mujer extraña y bellísima que tanto bien les había hecho a todos los terrestres.

—¡Gracias, Sanda; gracias por todo!

Y desde el recóndito espacio, una llamada repercutió en su mente ya adormecida:

—¡Ven a mi lado, Dario, ven pronto!… ¡Me muero!

* * *

El gran ejército de Paal fue destruido por completo, sin que los atacantes sufrieran excesivas bajas. Kilimane fue arrasada en más de cincuenta kilómetros a la redonda, y con esta descomunal batalla aérea, en la que el adversario apenas pudo ofrecer resistencia, terminó el breve período de gobierno del presidente rebelde.

El general Sutton aterrizó en Madagascar y estableció su cuartel general en la ciudad de Tananarive. A él se unió, a primera hora del amanecer, el mayor Herkel y toda su flota marciana, después de efectuado el famoso «barrido de Herkel», que con tal nombre había de pasar a la historia.

Desde allí se radiaron mensajes a todo el orbe explicando el gran triunfo y rogando a las nuevas autoridades que se sometieran sin lucha, siendo restituidos a sus cargos los antiguos presidentes y gobernadores.

En un solo día —el que precedió a la fatídica noche de Kilimane— los rebeldes de todo el mundo fueron apresados y conducidos a

prisión para ser juzgados por rebelión. Aunque los mayores responsables habían perecido ya.

En cuanto a Dario Cock y sus compañeros, no aparecieron hasta tres días más tarde, cuando ya Sutton los daba por muertos en el fantástico bombardeo.

Era por la tarde y el «Valthur II» descendió del cielo lentamente, llevando sujeto a un costado el pequeño platillo volador, en el que el cuerpo inmóvil do Sanda yacía en brazos de Dario Cock.

Al posarse el gigantesco cohete, en Tananarive, por la escotilla principal surgieron los compañeros de Dario, Karin y Schwartz. Un poco más tarde salió Dario del platillo llevando en sus brazos el cuerpo rígido de la bella Sanda… ¡Había muerto!

Pero Dario había llegado a tiempo de recibir el último mensaje de ella. Mark
O'Brien
le había dicho, en cuanto llegó al platillo:

—¡Está contaminada de radiactividad; se nos muere sin remedio, Dario!…

—¡Sanda, mi querida Sanda! —murmuró Dario, arrodillándose a su lado.

La mano de la mujer de Xahkla se cerró sobre la suya.

—¡Gracias a Dios que… has llegado a… tiempo, Dario! ¡Quiero que estés a mi lado en este trance!… Sé… sé que todo ha… ha salido bien.

—Te llevaremos rápidamente a la Tierra y te curaremos.

—No, ya no hay tiempo… Voy a morir ahora… pronto… Dime, Dario, ¿me qui… me quieres un poquito?

—¡Con toda mi alma, Sanda!

—Gracias, Dario…, muchas gracias. —Sanda entreabrió los ojos y miró el rostro del hombre. Se estremeció—. No te quería decir nada… Fue mientras construía este aparato… Tú me arrojaste al suelo y un cristal de carbono me rasgó la pierna… ¡Me enfurecí contigo, pero te he… te he perdonado, mi cielo! ¡La radiactividad penetró en la herida!… ¡Vesta es un peligro radiactivo, aunque mi barniz de marfil habría resistido!

»¡Te quiero, Dario, te quiero con toda mi alma! Deseo que, cuando muera, mis servidores conduzcan la nave hasta a Antares… Mi marido vendrá conmigo en su ataúd… Quiero yacer eternamente

en mi suelo… Allí… con los míos…

La agonía de Sanda duró exactamente dos días más. Transcurrido este plazo, murmurando palabras tiernas a Dario, solos los dos dentro del pequeño platillo y sin querer atender las súplicas que desde el «Valthur II» le hacían sus compañeros, estuvieron hasta que la vida de Sanda se apagó como un soplo. Lo último que dijo fue:

—Cá… sa… te con Ka… rin… ¡Ella te… a… ma!

Luego, su mano marfileña quedó flácida entre las fuertes de Dario.

Por este motivo, cuando Cock apareció en la Tierra con su fúnebre carga, semejaba más un espectro que un ser humano. Pero, no obstante, su paso por la pista, entre los aparatos voladores del Ejército espacial que le rendía honores, fue algo emotivo, sublime.

Karin Vasiev lloraba a poca distancia, apoyada en el hombro de Franz Schwartz.

Y al día siguiente, en una sencilla ceremonia a la que Dario no asistió, angustiado como estaba, Sanda fue depositada en su féretro de plomo y conducida a hombros de sus robots, que habían recibido previas instrucciones, hacia la espacionave azul.

El general Sutton hizo colocar sus propias medallas soldadas al casco del «Valthur II» y, poco después, el enorme bólido azul ascendía lentamente en el cielo, llevando el cuerpo de Sanda aquella extraña mujer a la cual debía la libertad toda la humanidad.

En cuanto a Dario Cock, después de permanecer varios días en un completo estado de postración, decidió partir en secreto para el Brasil. Pero no fue solo. Cuando se sentó en el asiento de su «Delta-5», sintió unos brazos que le rodeaban el cuello y dos manos que le colocaban un cigarrillo y le ofrecían fuego.

¡Karin Vasiev estaba por segunda vez detrás de él, y ahora sola!

—¡Iré contigo hasta la muerte! ¡Y no me apartaré de ti aunque me mates! —dijo ella en tono apasionado.

—Gracias, Karin… ¡Te necesito tanto!

En cuanto a Franz Schwartz, las cosas le fueron de un modo distinto. Él, junto con Tyrrel, O’Brien y Bobby Green, fueron los que pusieron en antecedentes a Sutton y al Presidente de la Organización de las N. U. Y, cuando, interrogado

por los altos dignatarios recién liberados, acerca de sus estudios sobre la antigravedad, se limitó a decir:

—Respetando los deseos de Sanda, no se tocó nada del «Valthur II» y todo partió con ella para Antares. Sin embargo, el «antigravitón» no se ha perdido para los fines pacíficos y científicos de la Tierra. ¡«Tomasín» trabajó bien y con agrado! Una microcélula fotoeléctrica ha registrado el funcionamiento y reacción de los antigravitones, los cuales han pasado a formar parte de mi curiosa colección de partículas internucleares.

—¿Quiere usted decir que puede reproducir una reacción antigravitacional? —preguntó, sorprendido, el general Clark Sutton.

—Sí, señor; puedo… ¡Y lo haré!

—De modo que cuando Hugh Paal le interrogó usted sabía todo esto, ¿no es así? ¿Por qué no habló?

—Lo sabía y no hablé, pues quise demostrar a unos recientes amigos míos que, sin saber «*jiu-jitsu*» y ser unos Quijotes como el Himalaya, también se puede ser hombre… Además, la señorita Karin estaba delante y la podía dejar en mal lugar. ¡Porque ella tampoco habló y estoy persuadido de que sabe tanto de antigravitación como yo!

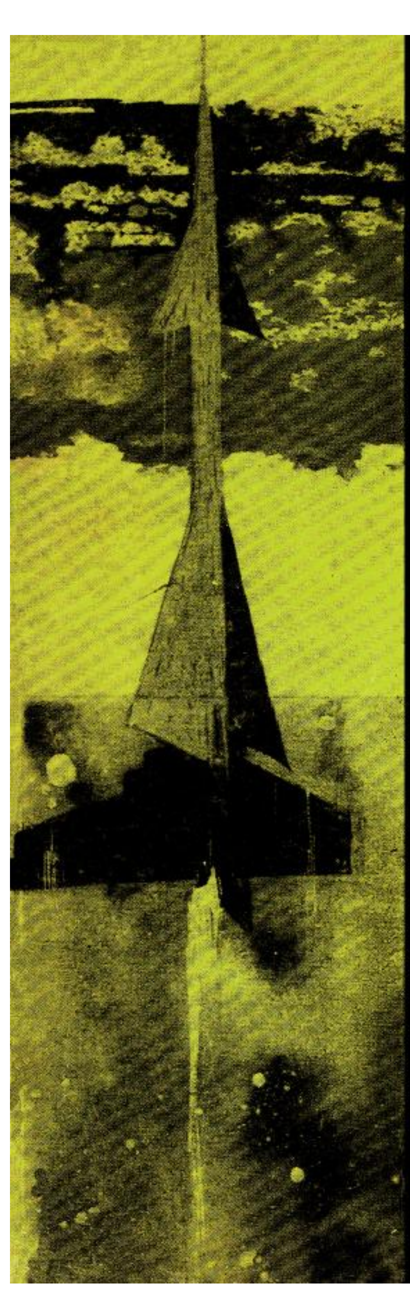
»A ella y Dario Cock les deseo mucha felicidad en el futuro.

—Yo, también —respondió Sutton, con cierto temblor en la voz.

—¡Y nosotros! —agregaron Basil Tyrrel, Mark
O’Brien
y Bobby Green.

¡Incluso se habían habituado a hablar al unísono!

FIN



Próximo número:

DIARIO DE UN INVADIDO

Aquel diario era el único testigo de todo lo terrible e inesperado que ocurría en el espacio.

Autor:
CLARK CARRADOS

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927, Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.

Notas

[2] ¿Podría una mujer de Antares enamorarse de un terrestre? (N. del A.). < <